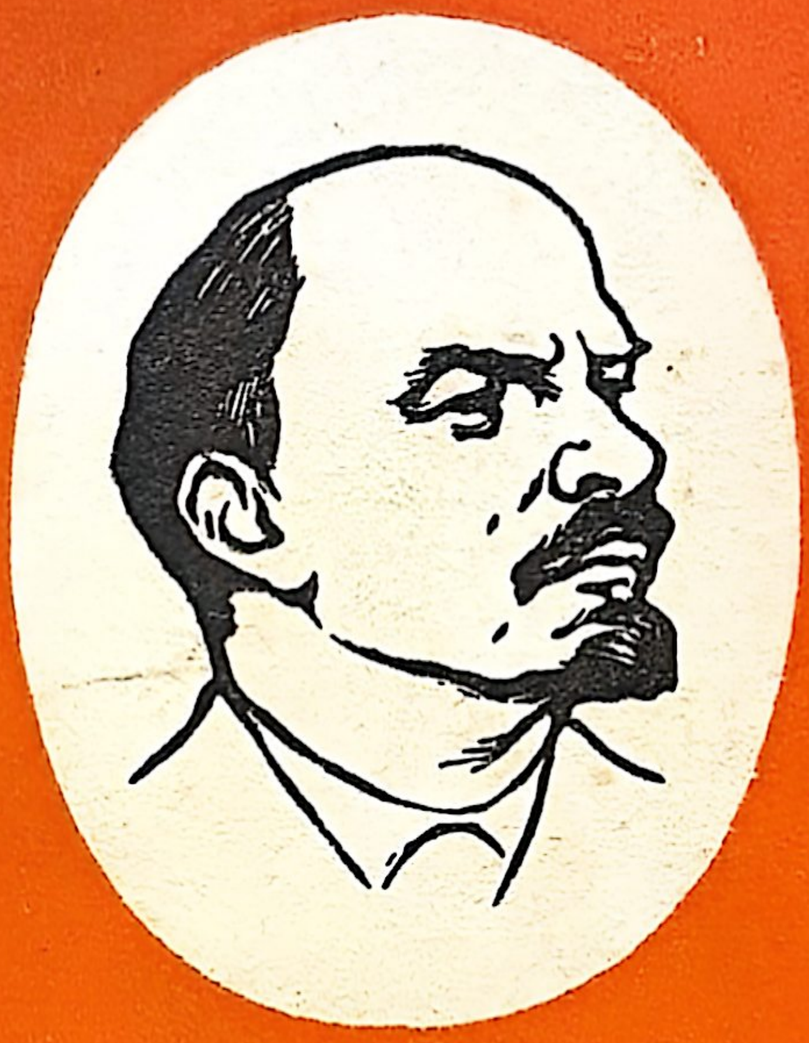

1870 1960

EN CONMEMORACION
DEL 90° ANIVERSARIO
DEL NACIMIENTO DE LENIN

LENIN

SOBRE LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO

LENIN

SOBRE LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1960

A base de la versión china publicada
en 1960 por la Editorial del Pueblo

Impreso en la República Popular China
Printed in the People's Republic of China

I. EL REVISIONISMO SACRIFICA LOS INTERESES CARDINALES DEL PROLETARIADO PARA CONFORMARSE CON LAS NECESIDADES DE LA BURGUESIA

EL TRIUNFO TEORICO DEL MARXISMO OBLIGA A SUS ENEMIGOS A DISFRAZARSE DE MARXISTAS

El revisionismo o «revisión» del marxismo es hoy una de las principales manifestaciones, si no la principal, de la influencia burguesa sobre el proletariado y de la corrupción burguesa de los proletarios. Precisamente por eso el líder de los oportunistas, Eduardo Bernstein, ha alcanzado tanto (y tan lamentable) renombre en todo el mundo.

De «Quien mucho corre, pronto para»
(Publicado en la revista *Prosveschenie*,
N.° 5, mayo de 1914)

La dialéctica de la historia es tal, que el triunfo teórico del marxismo obliga a sus enemigos a

disfrazarse de marxistas. El liberalismo, interiormente podrido, intenta renacer bajo la forma de *oportunismo* socialista. El período de preparación de las fuerzas para las grandes batallas lo interpretan en el sentido de renuncia a esas batallas. El mejoramiento de la situación de los esclavos para la lucha contra la esclavitud asalariada lo interpretan en el sentido de que los esclavos pueden vender por unos céntimos su derecho a la libertad. Se predica cobardemente la «paz social» (esto es, la paz con los esclavistas), la renuncia a la lucha de clases, etc. Los oportunistas tienen muchos adeptos entre los parlamentarios socialistas, entre los diversos funcionarios del movimiento obrero y los intelectuales «simpatizantes».

De «Las vicisitudes históricas de la doctrina de Carlos Marx» (Publicado en *Pravda*, N.º 50, 1 de marzo de 1913)

Algunos de los actuales líderes socialchovinistas pueden volver al proletariado. Pero la *corriente* socialchovinista o (lo que es lo mismo) oportunista no puede desaparecer ni «volver» al proletariado revolucionario. Donde el marxismo es popular entre los obreros, esta corriente política, este «partido

obrero burgués», invocará a Marx y jurará en su nombre. No hay modo de prohibírselo, como no se le puede prohibir a una empresa comercial que emplee cualquier etiqueta, cualquier rótulo, cualquier anuncio. En la historia ha sucedido siempre que, después de muertos los jefes revolucionarios cuyos nombres son populares en las clases oprimidas, sus enemigos han intentado apropiárselos para engañar a esas clases.

De «El imperialismo y la escisión del socialismo» (Octubre de 1916)

CASTRA EL CONTENIDO REVOLUCIONARIO DEL MARXISMO, HACE PASAR A PRIMER PLANO Y ENSALZA LO QUE ES ACEPTABLE PARA LA BURGUESIA

Con la doctrina de Marx ocurre hoy lo que ha ocurrido en la historia repetidas veces con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los jefes de las clases oprimidas en su lucha por la liberación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les someten a constantes persecuciones, acogen sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso, con la campaña más desenfrenada de mentiras y calumnias. Después de

su muerte, se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear sus *nombres* de una cierta aureola de gloria para «consolar» y engañar a las clases oprimidas, castrando el *contenido* de su doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de ésta, envileciéndola. En semejante «arreglo» del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero. Olvidan, relegan a un segundo plano, tergiversan el aspecto revolucionario de esta doctrina, su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano, ensalzan lo que es o parece ser aceptable para la burguesía. Todos los social-chovinistas son hoy—¡bromas aparte!—«marxistas». Y cada vez con mayor frecuencia los científicos burgueses alemanes, que todavía ayer eran especialistas en pulverizar el marxismo, hablan hoy ¡de un Marx «nacional-alemán» que, según ellos, educó estas asociaciones obreras tan magníficamente organizadas para llevar a cabo la guerra de rapiña!

De «El estado y la revolución» (Agosto—septiembre de 1917)

Kautsky toma del marxismo lo que los liberales admiten, lo que admite la burguesía (la crítica del

medievo, el papel progresivo que desempeñan en la historia el capitalismo en general y la democracia capitalista en particular) y arroja por la borda, calla y oculta en el marxismo lo que es *inadmisible* para la burguesía (la violencia revolucionaria del proletariado contra la burguesía para aniquilar a ésta). Por ello, dada su posición objetiva, sea cual fuere su convicción subjetiva, Kautsky resulta ser inevitablemente un lacayo de la burguesía.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

VOCIFERA SOBRE LA INSUFICIENCIA Y CADUCIDAD DE LA DOCTRINA DE MARX, JUSTIFICA LAS REFORMAS SOCIALES CON «NUEVOS» ARGUMENTOS Y CONSIDERACIONES

La socialdemocracia internacional atraviesa en la actualidad por un período de vacilación ideológica. Hasta ahora la doctrina de Marx y Engels era considerada como la base firme de la teoría revolucionaria; pero en nuestros días se dejan oir, por todas partes, voces sobre la insuficiencia y caducidad de esta doctrina. El que se declara socialdemócrata y tiene la intención de publicar un periódico

socialdemócrata debe determinar con exactitud su posición frente a la cuestión que no apasiona sólo, ni mucho menos, a los socialdemócratas alemanes.

Nosotros nos basamos íntegramente en la doctrina de Marx: ella transformó por primera vez el socialismo, de utopía, en una ciencia, echó las sólidas bases de esta ciencia y trazó el camino que había de tomar, desarrollándola y elaborándola en todos sus detalles. La doctrina de Marx descubrió la esencia de la economía capitalista contemporánea, explicando cómo el empleo del obrero, la compra de la fuerza de trabajo, encubre la esclavización de millones de desposeídos por un puñado de capitalistas, dueños de la tierra, de las fábricas, de las minas, etc. Esta doctrina demostró cómo todo el desarrollo del capitalismo contemporáneo se orienta hacia la substitución de la pequeña producción por la grande, creando las condiciones que hacen posible e indispensable la estructuración socialista de la sociedad. Ella nos enseñó a ver, bajo el manto de las costumbres arraigadas, de las intrigas políticas, de las leyes sabihondas y teorías hábilmente fraguadas, *la lucha de clases*, la lucha que se desarrolla entre las clases poseedoras de todo género y las masas desposeídas, *el proletariado*, quien está a la cabeza de

todos los indigentes. La doctrina de Marx estableció las verdaderas tareas de un partido socialista revolucionario: no componer planes de reorganización de la sociedad ni ocuparse de la prédica a los capitalistas y sus acólitos de la necesidad de mejorar la situación de los obreros, ni tampoco urdir conjuraciones, *sino organizar la lucha de clases del proletariado y dirigir esta lucha, que tiene por objetivo final la conquista del poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista.*

De «Nuestro programa» (Segundo semestre de 1899)

La socialdemocracia debe transformarse, de partido de la revolución social, en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reivindicación política con toda una batería de «nuevos» argumentos y consideraciones bastante armoniosamente concordados. Ha sido negada la posibilidad de fundamentar científicamente el socialismo y de demostrar, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad; ha sido negado el hecho de la miseria creciente, de la proletarización y de la

exacerbación de las contradicciones capitalistas; ha sido declarado inconsistente el concepto mismo del «*objetivo final*» y rechazada en absoluto la idea de la dictadura del proletariado; ha sido negada la oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; ha sido negada *la teoría de la lucha de clases*, pretendiendo que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etc.

De «¿Qué hacer?» (Otoño de 1901 — febrero de 1902)

VAGUEDAD, DEJARSE ARRASTRAR POR LA CORRIENTE, FALTA DE PRINCIPIOS MAS O MENOS DEFINIDOS Y FIRMES

Los artículos publicados en el núm. 10 de *Rabócheie Dielo* (nuestros camaradas vieron este número sólo después de llegar al Congreso, unos pocos días antes de iniciarse sus sesiones) demostraban claramente que, del verano al otoño, se había producido en la «Unión» un nuevo viraje: los economistas obtuvieron una vez más la supremacía, y la redacción, dúctil a toda nueva «corriente», se puso una vez más a defender a los «más declarados bernsteinianos» y a la «libertad de crítica», a defender la

«espontaneidad» y a predicar por boca de Martínov la «teoría de restringir» la esfera de nuestra acción política (pretendiendo que esto se debía a querer hacer más compleja esta misma acción). Una vez más se ha confirmado la certera observación de Parvus de que es difícil cazar a un oportunista con una simple fórmula, porque fácilmente firmará *toda* fórmula y con la misma facilidad renegará de ella, ya que el oportunismo consiste precisamente en la falta de principios más o menos definidos y firmes.

Ibid.

Cuando se habla de lucha contra el oportunismo, no hay que olvidar nunca un rasgo característico de todo el oportunismo contemporáneo en todos los terrenos: su carácter indefinido, difuso, inaprehensible. El oportunista, por su misma naturaleza, esquiva siempre plantear los problemas de un modo preciso y definido, busca la resultante, se arrastra como una culebra entre puntos de vista que se excluyen mutuamente, esforzándose por «estar de acuerdo» con uno y otro, reduciendo sus discrepancias a pequeñas enmiendas, a dudas, a buenos deseos inocentes, etc., etc.

De «Un paso adelante, dos pasos atrás» (Febrero — mayo de 1904)

Así durante los últimos tres años no hemos observado el menor intento por parte de toda esta confraternidad literaria de presentar *sus propias* respuestas formalizadas a las «preguntas malditas». Ha habido muchas metáforas e hipótesis inútiles, pero ni una sola respuesta directa. El rasgo distintivo, característico de la confraternidad bajo consideración era su amor por lo *amorfo*, es decir, el síntoma mismo que, en el *momento preciso* en que se dio respuesta directa a las preguntas malditas, fuera reconocido de la manera más definida, precisa e inequívoca como parte integrante del concepto *liquidacionismo*. Dejarse arrastrar de manera amorfa por la corriente, revolcarse en su propia amorfia, «negar» todo lo que sea exactamente opuesto a esta amorfia, es uno de los rasgos básicos del liquidacionismo.

De «Sobre la estructura social del poder, las perspectivas y el liquidacionismo» (Publicado en la revista *Mysl*, N.° 4, marzo de 1911)

Y usted subraya que «es necesario que propongamos una consigna que pudiera *unir* a todos».

Le diré francamente que estoy más temeroso que de todo, en estos días, de este unificacionismo in-

discriminado, que, en mi convicción, es el más peligroso y el más perjudicial para el proletariado. Verdaderamente, Kautsky ha ideado ya, en *Neue Zeit*, una teoría archi-«unificacionista» . . .

De «Carta a A. M. Kollontay» (28 de noviembre — 8 de diciembre de 1914)

«EL OBJETIVO FINAL NO ES NADA; EL MOVIMIENTO LO ES TODO»; ESTA FRASE DE BERNSTEIN ES LA MEJOR EXPRESION DE LA ESENCIA DEL REVISIONISMO

Pero su* rasgo típico y característico es darse al capricho del momento inhabilidad para levantarse contra el estilo del día, escasa visión política y pusilanimidad. El oportunismo es el sacrificio de los intereses a largo plazo y sustanciales del Partido a sus intereses momentáneos, pasajeros y secundarios. Una determinada elevación de la actividad industrial, un relativo florecimiento del comercio, un ligero aliento de liberalismo burgués, y el oportunista comienza ya a gritar: ¡No asusten a la burguesía, no

* Del revisionismo — *Red.*

la rehuyan, abandonen la «fraseología» sobre la revolución social!

De «¡El radical ruso es fuerte en inteligencia tardía!» (Publicado en la revista *Vestnik Zhizni*, N.° 12, 18 de octubre de 1906)

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud ante la meta final del movimiento socialista. «El objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo»; esta frase proverbial de Bernstein expresa la esencia del revisionismo mejor que muchas largas disertaciones. Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista. Y de la misma esencia de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un poco «nuevo», cada viraje un poco inesperado e

imprevisto de los acontecimientos — aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto—, provocará siempre, inevitablemente, esta o la otra variedad de revisionismo.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

II. EL REVISIONISMO ALTERA ARBITRARIAMENTE LA FILOSOFIA, ECONOMIA POLITICA Y ENSEÑANZAS SOBRE LA LUCHA DE CLASES MARXISTAS

EN LA FILOSOFIA ABJURA DEL MATERIALISMO DIALECTICO Y DEL MATERIALISMO HISTORICO, SUSTITUYE LA «SUTIL» (Y REVOLUCIONARIA) DIALECTICA POR LA «SIMPLE» (Y PACIFICA) «EVOLUCION»

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la «ciencia» académica burguesa. Los profesores «retornaban a Kant», y el revisionismo se arrastraba tras los neokantianos; los profesores repetían, por milésima vez, las vulgaridades de los curas contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo complacidamente, mascullaban (repitiendo ce por be el último manual) que el materialismo había sido «refutado» desde hacía mucho tiempo. Los profesores trataban a Hegel como

a un «perro muerto» y, predicando ellos mismos el idealismo, sólo que mil veces más mezquino y trivial que el hegeliano, se encogían desdeñosamente de hombros ante la dialéctica, y los revisionistas se hundían tras ellos en el pantano del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la «sutil» (y revolucionaria) dialéctica por la «simple» (y pacífica) «evolución».

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

Todos estos individuos no pueden ignorar que Marx y Engels, decenas de veces, dieron a sus concepciones filosóficas el nombre de materialismo dialéctico. Y todos estos individuos, unidos — a pesar de las profundas diferencias que hay entre sus ideas políticas — por su hostilidad al materialismo dialéctico, pretenden, al mismo tiempo, hacerse pasar en filosofía ¡por marxistas! La dialéctica de Engels es un «misticismo», dice Berman. Las ideas de Engels se han quedado «anticuadas», exclama Basárov de pasada, como algo que no necesita de demostración; el materialismo se da por refutado por nuestros valientes paladines, quienes se remiten orgullosamente a la «moderna teoría del conoci-

miento», a la «novísima filosofía» (o al «novísimo positivismo»), a la «filosofía de las modernas Ciencias Naturales» e incluso a la «filosofía de las Ciencias Naturales del siglo XX». Apoyándose en todas estas supuestas novísimas doctrinas, nuestros destructores del materialismo dialéctico llegan intrépidamente hasta el fideísmo neto (¡en Lunacharski se ve esto con mayor claridad, mas no es él solo, ni mucho menos!), pero pierden de pronto toda la audacia y todo el respeto a sus propias convicciones cuando tienen que precisar nítidamente su actitud hacia Marx y Engels. De hecho abjuración completa del materialismo dialéctico, es decir, del marxismo. De palabra, subterfugios sin fin, intentos de eludir la esencia de la cuestión, de encubrir su apostasía y colocar en el lugar del materialismo en general a uno cualquiera de los materialistas, negativa rotunda a hacer un análisis directo de las innumerables declaraciones materialistas de Marx y Engels. Es un verdadero «alzamiento sumiso», según la justa expresión de un marxista. Es el revisionismo filosófico típico, pues los revisionistas son los únicos que han adquirido un triste renombre por haber abjurado de las concepciones fundamentales del marxismo y al mostrarse timoratos o incapaces

para, en forma franca, directa, decidida y clara, «liquidar cuentas» con los puntos de vista abandonados.

De «Materialismo y empiriocriticismo». Prólogo a la primera edición (Septiembre de 1908)

Se suplanta la dialéctica por el eclecticismo: es la actitud más usual y más generalizada ante el marxismo en la literatura socialdemócrata oficial de nuestros días. Estas suplantaciones no tienen, ciertamente, nada de nuevo; han podido observarse incluso en la historia de la filosofía clásica griega. Con la suplantación del marxismo por el oportunismo, el eclecticismo, presentado como dialéctica, engaña más fácilmente a las masas, les da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias, etc., cuando en realidad no da ninguna interpretación completa y revolucionaria del proceso del desarrollo social.

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

¿En qué reside el error principal de todo este razonamiento oportunista? En que, en este razonamiento, la teoría socialista de la lucha de clases como la única *verdadera* fuerza motriz de la historia está *de hecho* suplantada por la teoría burguesa del progreso «solidario», «social». De acuerdo con las enseñanzas del socialismo, es decir del marxismo (aún no se puede hablar seriamente de socialismo no marxista), la verdadera fuerza motriz de la historia es la lucha revolucionaria de clases; las reformas son el subproducto de esta lucha, un subproducto porque expresa los infructuosos intentos de debilitar, de mitigar esta lucha, etc. De acuerdo con las enseñanzas de los filósofos burgueses, la fuerza motriz del progreso es la solidaridad de todos los elementos de la sociedad que han comprendido la «imperfección» de esta o aquella institución. La primera enseñanza es materialista, la segunda es idealista. La primera es revolucionaria. La segunda es reformista. La primera proporciona las bases para las tácticas del proletariado en los países capitalistas de hoy. La segunda proporciona las bases para las tácticas de la burguesía.

De «Otra vez sobre el Ministerio de la Duma» (Publicado en *Ejo*, N.º 6, 28 de junio de 1906)

«REVISA» LA ECONOMIA POLITICA MARXISTA, ESPERA UNA NUEVA ERA PACIFICA DEL CAPITALISMO

Pasando a la Economía política hay que señalar, ante todo, que en este campo las «enmiendas» de los revisionistas eran muchísimo más multifacéticas y minuciosas; trataron de sugestionar al público con «nuevos datos del desarrollo económico». Decían que en el campo de la economía rural no se opera de ningún modo la concentración y el desplazamiento de la pequeña por la gran producción, y que en el comercio y en la industria se opera con extrema lentitud. Decían que, ahora, las crisis se han hecho más raras y más débiles, y que era probable que los cartels y los trusts diesen al capital la posibilidad de eliminar por completo las crisis. Decían que la «teoría de la bancarrota» hacia la cual marcha el capitalismo, es inconsistente a causa de la tendencia a suavizar y atenuar las contradicciones de clase. Decían, finalmente, que no estaría mal enmendar también la teoría del valor de Marx con arreglo a Böhm-Bawerk.

La lucha contra los revisionistas, en torno a estas cuestiones, sirvió para reavivar fecundamente el

pensamiento teórico del socialismo internacional, al igual que, veinte años antes, había ocurrido con la polémica de Engels contra Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que los revisionistas embellecían sistemáticamente la pequeña producción actual. El hecho de la superioridad técnica y comercial de la grande sobre la pequeña *producción,* no sólo en la industria, sino también en la agricultura, está demostrado con datos irrefutables. Pero, en la agricultura, la producción de mercancías está mucho menos desarrollada, y los estadísticos y economistas actuales no saben, por lo general, destacar aquellas ramas (y, a veces, incluso las operaciones) especiales de la agricultura, que expresan cómo ésta se ve englobada, progresivamente, en el *intercambio* de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural, gracias al empeoramiento infinito de la alimentación, al hambre crónica, a la prolongación de la jornada de trabajo, al descenso de la calidad del ganado y del cuidado de éste; en una palabra, gracias a aquellos mismos medios con que se sostuvo también la producción artesana contra la manufactura capitalista. Cada paso de avance de la ciencia y de la

técnica mina, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción en la sociedad capitalista. Y la tarea de la Economía socialista consiste en investigar este proceso en todas sus formas, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor la imposibilidad de sostenerse bajo el capitalismo, la situación desesperada de las explotaciones campesinas en el régimen capitalista y la necesidad de que el campesino acepte el punto de vista del proletario. Ante el problema de que tratamos, los revisionistas cometieron, en el aspecto científico, el pecado de incurrir en una generalización superficial de algunos hechos unilateralmente desglosados, al margen de su conexión con todo el régimen del capitalismo, y, en el sentido político, cometieron el pecado de llamar o empujar inevitablemente al campesino, de modo voluntario o involuntario, al punto de vista del propietario (es decir, al punto de vista de la burguesía) en vez de empujarle al punto de vista del proletario revolucionario.

El revisionismo salió aún peor parado en cuanto a la teoría de las crisis y a la teoría de la bancarrota. Sólo durante un tiempo muy breve y únicamente gentes muy miopes, podían pensar en modificar las

bases de la doctrina de Marx bajo el influjo de unos cuantos años de auge y prosperidad industrial. Muy pronto, la realidad se encargó de demostrar a los revisionistas que las crisis no habían fenecido: tras la prosperidad, vino la crisis. Cambiaron las formas, la sucesión, el cuadro de las distintas crisis, pero éstas seguían siendo parte integrante, inevitable, del régimen capitalista. Los cartels y los trusts, unificando la producción, reforzaron al mismo tiempo, a la vista de todos, la anarquía de la producción, la inseguridad del proletariado y la opresión del capital, agudizando de este modo, en un grado nunca visto, las contradicciones de clase. Que el capitalismo marcha hacia la bancarrota — tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas, como en el sentido del completo hundimiento de todo el régimen capitalista — lo han venido a demostrar, de un modo bien palpable y en proporciones particularmente extensas, los modernos y gigantescos trusts.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

Al definir de este modo el imperialismo, nos colocamos en plena contradicción con C. Kautsky,

que se niega a ver en el imperialismo una «fase del capitalismo» y lo define como *política* «preferida» del capital financiero, como tendencia de los países «industriales» a anexionarse los países «agrarios». Desde el punto de vista teórico, esta definición de Kautsky es completamente falsa. La peculiaridad del imperialismo *no* es precisamente el dominio del capital industrial, sino el del capital financiero, precisamente la tendencia a anexionarse *no* sólo países agrarios, sino *toda clase* de países. Kautsky *separa* la política del imperialismo de su economía, separa el monopolismo en política del monopolismo en economía, para desbrozar el camino a su vulgar reformismo burgués como en el caso del «desarme», del «ultraimperialismo» y demás necedades por el estilo. El sentido y el objeto de esta falsedad teórica se reducen exclusivamente a velar las contradicciones *más profundas* del imperialismo y a justificar, de este modo, la teoría de la «unidad» con sus apologistas: con los oportunistas y socialchovinistas descarados.

De «El imperialismo y la escisión del socialismo» (Octubre de 1916)

La necesidad del imperialismo implica para la izquierda la necesidad de acciones revolucionarias. La «teoría del ultraimperialismo» sirve a Kautsky *para justificar a los oportunistas,* para presentar las cosas como si éstos no se hubiesen pasado en absoluto al lado de la burguesía, sino simplemente como si «no creyesen» en el socialismo inmediato, esperando que una nueva «era» de desarme y de paz duradera «pueda abrirse» ante nosotros. La «teoría» de Kautsky se reduce única y *exclusivamente* a justificar con la *esperanza* de una *nueva* era pacífica del capitalismo la adhesión de los oportunistas y de los partidos socialdemócratas oficiales a la burguesía y su renuncia a la táctica revolucionaria (es decir, proletaria) durante la *época turbulenta actual,* ¡a pesar de las solemnes declaraciones hechas en la resolución de Basilea!

De «La bancarrota de la II Internacional» (Segunda quincena de mayo — primera quincena de junio de 1915)

NIEGA LA LUCHA DE CLASES, PREDICA LA COLABORACION DE CLASES

En el campo de la política, el revisionismo intentó revisar realmente la base del marxismo, o sea, la

teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal destruyen la base para la lucha de clases — nos decían los revisionistas — y dan un mentís a la vieja tesis del *Manifiesto Comunista* de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la «voluntad de la mayoría», no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de la dominación de clases, ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresiva, socialreformista contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas se reducían a un sistema bastante armónico de concepciones, a saber: a las harto conocidas concepciones liberal-burguesas. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués suprime las clases y las diferencias de clase, ya que todos los ciudadanos sin excepción tienen derecho al voto y a intervenir en los asuntos del Estado. Toda la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, y toda la historia de la revolución rusa, a comienzos del siglo XX, enseñan palpablemente cuán absurdos son tales conceptos. Bajo las libertades del capitalismo «democrático», las diferencias económicas, lejos de atenuarse, se acen-

túan y se agudizan. El parlamentarismo no elimina, sino que pone al desnudo la esencia de las repúblicas burguesas más democráticas como órganos de opresión de clase. Ayudando a ilustrar y a organizar a masas de población incomparablemente más extensas que las que antes participaban de un modo activo en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo prepara así, no la supresión de las crisis y de las revoluciones políticas, sino la mayor agudización de la guerra civil durante estas revoluciones. Los acontecimientos de París, en la primavera de 1871, y los de Rusia, en el invierno de 1905, pusieron de manifiesto, con excepcional claridad, cuán inevitablemente se produce esta agudización. La burguesía francesa, para aplastar el movimiento proletario, no vaciló ni un segundo en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían arruinado a su patria. Quien no comprenda la inevitable dialéctica interna del parlamentarismo y del democratismo burgués, que conduce a solucionar la disputa por la violencia de las masas de un modo todavía más tajante que en tiempos anteriores, jamás sabrá desarrollar, sobre la base de este parlamentarismo, una propaganda y una agitación consecuentes desde el punto de vista de los principios, que

preparen verdaderamente a las masas obreras para la participación victoriosa en tales «disputas». La experiencia de las alianzas, de los acuerdos, de los bloques con el liberalismo socialreformista en la Europa occidental y con el reformismo liberal (demócratas-constitucionalistas) en la revolución rusa, muestra de manera convincente que estos acuerdos no hacen más que embotar la conciencia de las masas, no reforzando, sino debilitando la significación real de su lucha, uniendo a los luchadores con los elementos menos capaces de luchar, con los elementos más vacilantes y traidores. El millerandismo francés — la más grande experiencia de aplicación de la táctica política revisionista en una amplia escala, realmente nacional — nos ha dado una valoración práctica del revisionismo, que el proletariado del mundo entero jamás olvidará.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

El Estado es producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia

del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables.

En este punto importantísimo y cardinal comienza precisamente la tergiversación del marxismo, tergiversación que sigue dos direcciones fundamentales.

De una parte, los ideólogos burgueses y especialmente los pequeñoburgueses, obligados por la presión de hechos históricos indiscutibles a reconocer que el Estado sólo existe allí donde existen las contradicciones de clase y la lucha de clases, «corrigen» a Marx de tal manera que el Estado resulta ser un órgano de *conciliación* de las clases. Según Marx, el Estado no podría ni surgir ni mantenerse si fuese posible la conciliación de las clases. Según los profesores y publicistas mezquinos y filisteos —¡que a cada paso invocan, benévolos, a Marx! — resulta que el Estado es precisamente el que concilia las clases. Según Marx, el Estado es un órgano de *dominación* de clase, un órgano de *opresión* de una clase por otra, es la creación del «orden» que legaliza y afianza esta opresión, amortiguando los choques entre las clases. En opinión de los políticos pequeñoburgueses, el orden es precisamente la conciliación de las clases y no la opresión de una clase por otra. Amortiguar los choques significa para ellos conciliar

y no privar a las clases oprimidas de ciertos medios y procedimientos de lucha por el derrocamiento de los opresores.

Por ejemplo, durante la revolución de 1917, cuando el problema de la significación y del papel del Estado se planteó precisamente en toda su magnitud, en el terreno práctico, como un problema de acción inmediata y, además, de acción de masas, todos los socialrevolucionarios (eseristas) y todos los mencheviques cayeron, de pronto y por entero, en la teoría pequeñoburguesa de la «conciliación» de las clases «por el Estado». Innumerables resoluciones y artículos de los políticos de estos dos partidos están saturados de esta teoría mezquina y filistea de la «conciliación». Que el Estado es el órgano de dominación de una determinada clase, la cual *no puede* conciliarse con su antípoda (con la clase contrapuesta a ella), es algo que la democracia pequeñoburguesa no podrá jamás comprender. La actitud ante el Estado es uno de los síntomas más patentes de que nuestros eseristas y mencheviques no son en manera alguna socialistas (lo que nosotros, los bolcheviques, hemos demostrado siempre), sino demócratas pequeñoburgueses con una fraseología casi socialista.

De otra parte, la tergiversación «kautskiana» del marxismo es bastante más sutil. «Teóricamente», no se niega ni que el Estado sea el órgano de dominación de clase, ni que las contradicciones de clase sean irreconciliables. Pero se pasa por alto o se oculta lo siguiente: si el Estado es un producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase, si es una fuerza que está *por encima* de la sociedad y que «*se divorcia más y más* de la sociedad», resulta evidente que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, *sino también sin la destrucción* del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante y en el que toma cuerpo aquel «divorcio». Como veremos más abajo, Marx llegó a esta conclusión, teóricamente clara de por sí, con la precisión más completa, a base del análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y esta conclusión es precisamente — como expondremos con todo detalle en las páginas siguientes — la que Kautsky. . . ha «olvidado» y falseado.

De «El estado y la revolución» (Agosto—septiembre de 1917)

Toda lucha de clases es una lucha política. Es sabido que los oportunistas, esclavizados por las ideas de liberalismo, han comprendido equivocadamente estas palabras profundas de Marx y tratan de interpretarlas desfiguradamente. Los oportunistas incluían, por ejemplo, a los «economistas», hermanos mayores de los liquidadores. Los «economistas» pensaban que todo choque entre las clases es una lucha política. Ellos, por consiguiente, identificaban la lucha por un alza de 5 kopeks por rublo como una «lucha de clases», sin desear ver la lucha de *clases* más elevada, más desarrollada, a escala nacional, que es la lucha por la *política*. Los «economistas» reconocían de este modo las luchas de clases rudimentarias y no las reconocían en su forma desarrollada. En otras palabras, los «economistas» reconocían en la lucha de clases sólo aquello que era más tolerable desde el punto de vista de la burguesía liberal, rehusando ir más allá que los liberales, negándose a reconocer la lucha de clases más elevada que es inaceptable para los liberales. Los «economistas» llegaron a ser de este modo políticos obreros liberales. En esta forma renunciaron al concepto marxista revolucionario de la lucha de clases.

Hay más. No es bastante decir que la lucha de clases llega a ser verdadera, consistente y desarrollada sólo cuando abarca la esfera de la política. También en la política es posible limitarse a pequeños detalles o penetrar más profundamente, justo hasta la verdadera esencia. El marxismo reconoce la lucha de clases como plenamente desarrollada, «a escala nacional», *únicamente* cuando ella no sólo abarca la política sino cuando también en la política toma lo más esencial: la estructuración del poder del Estado.

A la inversa, cuando el movimiento obrero se ha fortalecido un poco, el liberalismo no se atreve más a negar la lucha de clases, pero trata de reducir, de recortar, de castrar el concepto de la lucha de clases. El liberalismo está dispuesto a reconocer la lucha de clases en la esfera de la política con la condición de que ésta *no* abarque la estructuración del poder del Estado. No es difícil comprender que los intereses de clase de la burguesía dan origen a esta distorsión liberal del concepto de la lucha de clases.

De «Sobre la comprensión liberal y marxista de la lucha de clases» (Publicado en *Prosveschenie*, N.° 5, mayo de 1913)

Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe muy frecuentemente. Pero no es exacto. De esta inexactitud se deriva con gran frecuencia la tergiversación oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burguesía. En efecto, la teoría de la lucha de clases *no fue* creada por Marx, *sino* por la burguesía, *antes* de Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía. Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que hay que contrastar la comprensión y el reconocimiento *real* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal cuestión, no sólo todos los oportunistas y reformistas,

sino también todos los «kautskianos» (gentes que vacilan entre el reformismo y el marxismo) hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, *que niegan* la dictadura del proletariado. El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado,* publicado en agosto de 1918, es decir, mucho después de aparecer la primera edición del presente libro, es un modelo de tergiversación filistea del marxismo y de ignominiosa abjuración *virtual* del mismo, aunque se le acate hipócritamente de *palabra* (Véase mi folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky,* Petrogrado y Moscú, 1918).

El oportunismo de nuestros días, personificado por su principal representante, el ex marxista C. Kautsky, cae de lleno dentro de la característica de la posición *burguesa* que traza Marx y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el terreno del reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. (¡Y dentro de este terreno, dentro de este marco, ningún liberal culto se negaría a reconocer, «en principio», la lucha de clases!) El oportunismo *no extiende* el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más fundamental, al período de *transición* del capitalismo al comunismo, al período de *derrocamiento* de la

burguesía y de completa *destrucción* de ésta. En realidad, este período es inevitablemente un período de lucha de clases de un encarnizamiento sin precedentes, en que ésta reviste formas agudas nunca vistas, y, por consiguiente, el Estado de este período debe ser inevitablemente un Estado democrático de *manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial de *manera nueva* (contra la burguesía).

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

La traición al socialismo por la mayoría de los dirigentes de la II Internacional (1889-1914) significa el colapso ideológico de esta Internacional. La causa básica de este colapso es la actual prevalencia en ella del oportunismo pequeñoburgués, cuya naturaleza burguesa y cuyo peligro han señalado hace largo tiempo los mejores representantes del proletariado. Por mucho tiempo los oportunistas han estado preparando el colapso de la II Internacional, negando la revolución socialista y sustituyéndola por su reformismo burgués, negando la lucha de clases con su necesaria transformación en ciertos momentos, en guerra civil, y

predicando la colaboración de clases, abogando por el chovinismo burgués, so pretexto del patriotismo y la defensa de la patria e ignorando o negando la verdad socialista elemental, subrayada ya en el «Manifiesto Comunista», de que los obreros no tienen patria; limitándose en la lucha contra el militarismo a un punto de vista sentimental-filisteo, en vez de reconocer la necesidad de una guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países; convirtiendo la necesaria utilización del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa en fetichismo de esta legalidad y olvidando las formas ilegales necesarias de organización y agitación en la época de crisis.

De «Tesis sobre la guerra» (5—6 de septiembre de 1914)

Sería absolutamente incorrecto suponer que, para llevar a cabo una lucha directa por la revolución socialista, podemos o debemos abandonar la lucha por reformas. De ninguna manera. No podemos saber cuán pronto se alcanzará el éxito, cuán pronto las condiciones objetivas permitirán la llegada de *esta* revolución. Debemos apoyar cada mejora,

mejora real tanto de las condiciones económicas como de las políticas, de las masas. La diferencia entre nosotros y los reformistas (es decir, en Suiza con los Grutlants) no consiste en que nosotros estemos contra las reformas mientras ellos están a favor. Nada de eso. Ellos se limitan a las reformas y debido a esto, descienden, de acuerdo con la adecuada expresión de un (!excepcional!) colaborador revolucionario de «Schweizerische Metallarbeiterzeitung» (N.° 40), al papel de simples «enfermeras del capitalismo». Nosotros les decimos a los obreros: votad por elecciones proporcionales y así por el estilo, pero no restrinjáis a eso vuestra actividad, conservad en primer plano la difusión sistemática de la idea de la revolución socialista inmediata, estad listos para ella y en toda la línea haced los cambios radicales correspondientes en toda la actividad del Partido. Las condiciones de la democracia burguesa muy a menudo nos obligan a adoptar esta o aquella posición con respecto a una cantidad de reformas pequeñas y diminutas, pero debemos saber o aprender a adoptar una posición hacia las reformas *de modo* (de tal manera) que, para decirlo sencillamente en obsequio a una mayor claridad, en cada discurso de media

hora hablemos cinco minutos sobre las reformas y 25 minutos sobre la futura revolución.

De «Principios esenciales en la cuestión de la guerra» (Diciembre de 1916)

SE PROSTERNA SERVILMENTE ANTE LA DEMOCRACIA BURGUESA, ABRIGA LA VANA ILUSION DE CONQUISTAR LA MAYORIA MEDIANTE EL SUFRAGIO UNIVERSAL Y RECIBIR EL PODER ESTATAL

Los señores oportunistas, incluidos los kautskianos, se burlan de la doctrina de Marx y «enseñan» al pueblo que el proletariado debe, primero, conquistar la mayoría mediante el sufragio universal, recibir, después, el Poder estatal merced a los votos de esta mayoría y, finalmente, sobre esta base de la democracia «consecuente» (otros la llaman «pura»), organizar el socialismo.

Pero nosotros, que nos basamos en la doctrina de Marx y en la experiencia de la revolución rusa, decimos:

el proletariado debe derribar primero a la burguesía y conquistar el Poder estatal, utilizando después ese Poder estatal, es decir, la dictadura del

proletariado, como instrumento de su clase, a fin de conquistar la simpatía de la mayoría de los trabajadores.

De «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» (16 de diciembre de 1919)

Esta dialéctica es la que no han podido comprender jamás los traidores, los zopencos y los pedantes de la II Internacional: el proletariado no puede vencer sin conquistar a la mayoría de la población. Pero limitar o supeditar esa conquista a la obtención de la mayoría de los votos en elecciones celebradas *bajo el dominio de la burguesía* es dar pruebas de una cerrazón impenetrable o engañar simplemente a los obreros. Para atraer a su lado a la mayoría de la población, el proletariado tiene, en primer lugar, que derribar a la burguesía y adueñarse del Poder del Estado; tiene, en segundo lugar, que implantar el Poder Soviético, haciendo añicos el viejo aparato estatal, con lo cual quebranta inmediatamente la dominación, el prestigio y la influencia de la bur-

guesía y de los conciliadores pequeñoburgueses entre las masas trabajadoras no proletarias.

Ibid.

La mayoría de los jefes socialistas de Europa — tanto los de la tendencia socialchovinista como los de la kautskiana — se han encenagado tanto en los prejuicios genuinamente pequeñoburgueses formados por decenas de años de capitalismo relativamente «pacífico» y de parlamentarismo burgués, que son incapaces de comprender el Poder soviético y la dictadura del proletariado. El proletariado no se hallará en condiciones de llevar a cabo su obra de liberación, de alcance histórico-universal, si no los elimina de su camino, si no los echa por la borda. Esos jefes prestaron crédito, total o parcialmente, a las mentiras difundidas por la burguesía contra el Poder soviético en Rusia, y no supieron establecer diferencia entre la esencia de la democracia nueva, proletaria, la democracia para los trabajadores, la democracia socialista, personificada por el Poder soviético y la democracia burguesa, ante la que se prosternan servilmente, llamándola «democracia pura» o «democracia» en general.

Esta gente, cegada, atrofiada por los prejuicios burgueses, no ha comprendido el viraje, de trascendencia histórico-universal, de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la dictadura burguesa a la dictadura proletaria. Han confundido esta o aquella particularidad del Poder soviético en Rusia, de la historia rusa, su desarrollo, con el Poder soviético en su significado internacional.

De «Un saludo a los obreros húngaros» (27 de mayo de 1919)

Falta de fe en las masas, temor a su iniciativa, temor a su independencia, pavor ante su energía revolucionaria en lugar de un apoyo cabal y sin reserva de la misma: aquí reside el mayor pecado de los dirigentes socialrevolucionarios y mencheviques. He aquí una de las más profundas raíces de su indecisión, de sus vacilaciones, de sus interminables y completamente inútiles intentos de llenar con vino nuevo los viejos odres del viejo y burocrático aparato estatal.

De «Uno de los problemas fundamentales de la revolución» (Publicado en *Rabochii Put* N.° 10, 27 de septiembre de 1917)

ABRIGA ILUSIONES ACERCA DE LA TRANSICION PACIFICA Y REFORMISTA AL SOCIALISMO, NIEGA LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA COMO SEÑAL BASICA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Y aquí nos dicen que «el socialismo es la elevación de la productividad». Ustedes han leído libros, estimados señores, ustedes han escrito libros y no han entendido nada de los libros.

Ciertamente, desde el punto de vista de una sociedad capitalista que pasara al socialismo pacíficamente en tiempo de paz no habría tarea más urgente que la elevación de la productividad. Sólo que es necesario agregar una breve palabra, «si». *Si* el socialismo naciera pacíficamente en esta forma en que los señores capitalistas no desean permitirle que nazca. Existe aquí una pequeña insuficiencia. Aunque no hubiera habido guerra, habrían hecho todo lo posible por impedir semejante desarrollo pacífico. Las grandes revoluciones, aun cuando comenzaron pacíficamente, como la Gran Revolución Francesa, han terminado en furiosas guerras declaradas por la burguesía contrarrevolucionaria. No puede ser de otra manera si consideramos este problema desde el punto de vista de la lucha de clases y no desde el de la charlatanería filistea sobre la libertad, la igualdad, la democracia del trabajo y el deseo de la mayoría, de esa estúpida y filistea charlatanería con la que nos obsequian los mencheviques, los socialrevolucionarios y todos esos «demócratas». No puede haber desarrollo pacífico hacia el socialismo.

De «I Congreso de enseñanza extraescolar de toda Rusia: Sobre cómo se engaña al pueblo con las consignas de libertad e igualdad» (19 de mayo de 1919)

En la situación concreta creada en todo el mundo, y sobre todo en los países capitalistas más avanzados, poderosos, más cultos y libres, por el militarismo, el imperialismo, el estrangulamiento de las colonias y los países débiles, la carnicería imperialista mundial y la «Paz» de Versalles — la sola idea de subordinar a los capitalistas pacíficamente a la voluntad de la mayoría de los explotados, de la transición pacífica y reformista al socialismo, no sólo es una extrema estupidez filistea, sino además un engaño directo a los obreros, un embellecimiento de la esclavitud capitalista asalariada, un ocultamiento

de la verdad. La verdad es que la burguesía, aun la más instruida y democrática, no vacila ya en recurrir a cualquier fraude o crimen, en masacrar a millones de obreros y campesinos, con el objeto de salvar la propiedad privada de los medios de producción. Sólo el derrocamiento violento de la burguesía, la confiscación de su propiedad, la destrucción de todo el aparato estatal burgués, de arriba abajo: parlamentario, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc., hasta la misma expulsión general o internación de todos los explotadores más peligrosos y obstinados — poniéndolos bajo estricta vigilancia con el objeto de combatir sus inevitables intentos por resistir y por restaurar la esclavitud capitalista —, sólo semejantes medidas pueden asegurar la subordinación real de toda la clase de explotadores.

De «Tesis sobre las tareas fundamentales del Segundo Congreso de la Internacional Comunista» (4 de julio de 1920)

Ya hemos dicho más arriba, y demostraremos con mayor detalle en nuestra ulterior exposición, que la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado

burgués. Este *no puede* sustituirse por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la «extinción», sino sólo, como regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a ésta, y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx (recordemos el final de *Miseria de la Filosofía* y del *Manifiesto Comunista* con la declaración orgullosa y franca sobre el carácter inevitable de la revolución violenta; recordemos la crítica del Programa de Gotha de 1875, cuando ya habían pasado casi treinta años, en la que Marx fustiga implacablemente el oportunismo de este programa), dicho panegírico no tiene nada de «apasionamiento», ni de declamación, ni de salida polémica. La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en *ésta*, precisamente en esta idea de la revolución violenta, es algo básico en *toda* la doctrina de Marx y Engels. La traición cometida contra su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana imperantes hoy se manifiesta con singular relieve en el olvido por unos y otros de *esta* propaganda, de esta agitación.

De «El estado y la revolución» (Agosto — septiembre de 1917)

En todo caso, estamos convencidos de que la experiencia en la revolución y la contrarrevolución en Rusia ha confirmado la corrección de la lucha de más de veinte años de nuestro Partido contra el terrorismo como táctica. Pero no se debe olvidar que esta lucha se realizó en estrecho contacto con la lucha implacable contra el oportunismo, que tendía a rechazar todo empleo de la violencia por las clases oprimidas contra los opresores. Siempre hemos apoyado el uso de la violencia en la lucha de masas y en relación con esa lucha.

De «Discurso en el Congreso del Partido Socialdemócrata Suizo» (4 de noviembre de 1916)

El «historiador» Kautsky falsifica la historia con tal cinismo, que «olvida» lo fundamental: el capitalismo premonopolista — cuyo apogeo corresponde precisamente a la década del 70 del siglo pasado — en virtud de sus rasgos *económicos* esenciales, que en Inglaterra y en Norteamérica se manifestaban de un modo particularmente típico, se distinguía por un mayor apego a la paz y a la libertad. En cambio, el imperialismo, es decir, el capitalismo monopolista, que sólo ha llegado a una plena madurez en el siglo

XX, atendidos sus rasgos *económicos* esenciales se distingue por un apego mínimo a la paz y a la libertad, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes. «No advertir» esto, hablando de lo típico o de lo probable que es una revolución pacífica o violenta, es rebajarse al nivel del más adocenado lacayo de la burguesía.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

Otto Bauer expresó excelentemente la quintaesencia de los puntos de vista del oportunismo mundial en una sola frase, por la cual — si en Viena pudiésemos hacer lo que quisiéramos — deberíamos levantarle un monumento mientras se encuentre aún vivo. La aplicación de la violencia en la lucha de clases en las democracias modernas — dijo sentenciosamente Otto Bauer — sería «violencia contra los factores sociales de la fuerza».

Probablemente pensaréis que esto suena raro e ininteligible. Pero es éste un ejemplo del punto al cual puede rebajarse el marxismo, del grado de banalidad y defensa de los explotadores al que *puede* rebajarse la más revolucionaria teoría. Se requiere

la variedad alemana de filisteísmo para obtener la «teoría» de que los «factores sociales de la fuerza» son: cantidad, estado de organización, lugar en el proceso de producción y distribución, actividad, educación. Si un trabajador agrícola en el campo, o un obrero en la ciudad, comete violencia revolucionaria contra el terrateniente y el capitalista, no se trata, de ninguna manera, de la dictadura del proletariado, no se trata de violencia contra los explotadores y los opresores del pueblo. ¡Oh, no! Se trata de «violencia contra los factores sociales de la fuerza».

Tal vez mi ejemplo parezca algo chistoso. Pero la naturaleza del oportunismo moderno es tal, que su lucha contra el bolchevismo suele transformarse en un chiste. La tarea de arrastrar a la clase obrera, a todos los elementos reflexivos de ella a la lucha entre el menchevismo internacional (MacDonald, Otto Bauer y Cía.) y el bolchevismo es muy útil e imperativa para Europa y América.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

Al definir la dictadura, Kautsky ha hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar al lector el rasgo fundamental de este concepto: *la violencia* revolucionaria. Y ahora se ha impuesto la verdad: se trata de la oposición entre *revolución pacífica* y *revolución violenta.*

Ahí está el quid. Todos los subterfugios, los sofismas, las viles falsificaciones de que Kautsky se vale, le hacen falta para *rehuir* la revolución *violenta,* para ocultar que reniega de ella, que se pasa al lado de la política obrera *liberal,* es decir, al lado de la burguesía. Ahí está el quid.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

La historia enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni ha podido implantar jamás su dominación sin atravesar un período de dictadura, es decir, de conquista del Poder político y de represión violenta de la resistencia opuesta siempre por los explotadores, la más desesperada y furiosa, una resistencia que no reparaba en crímenes. La burguesía, cuyo dominio defienden ahora los socialistas que hablan contra la «dictadura en general» y enaltecen

la «democracia en general», conquistó el Poder en los países avanzados a costa de una serie de insurrecciones, de guerras civiles y de represión violenta contra los reyes, los feudales, los esclavistas y contra sus tentativas de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado miles y millones de veces al pueblo el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la «democracia en general» y el actual vocerío y clamor contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la «dictadura en general», son una traición directa al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en un momento histórico en que este reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

De «I Congreso de la Internacional Comunista: Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado» (4 de marzo de 1919)

RETROCEDE DIRECTAMENTE AL LADO DE LA POLITICA BURGUESA, JUSTIFICA LAS GUERRAS COLONIALES Y LAS ATROCIDADES

No es la primera vez que se trata la cuestión colonial en los congresos internacionales. Hasta ahora, las decisiones de éstos han consistido siempre en una condenación categórica de la política colonial burguesa, como política de rapiña y de violencia. Esta vez, la comisión del Congreso estaba compuesta de manera tal que han prevalecido los elementos oportunistas, con el holandés Van Kohl a la cabeza. En el proyecto de resolución se había incluido una frase en la que se decía que el Congreso no condenaba en principio toda política colonial, que en un régimen socialista puede desempeñar un papel civilizador. La minoría de la comisión (el alemán Ledebour, los socialdemócratas polacos y rusos y otros muchos) protestó enérgicamente contra la aceptación de esta idea. La cuestión fue presentada a examen del Congreso, y las fuerzas de ambas tendencias se igualaron hasta el punto que la lucha adquirió un apasionamiento inusitado.

Los oportunistas se agruparon en torno a Van Kohl. Bernstein y David, en nombre de la mayoría de la delegación alemana, se pronunciaron a favor de re-

conocer la «política colonial socialista» y atacaron a los radicales por la esterilidad de su posición negativa, por no comprender la importancia de las reformas, por falta de un programa colonial práctico, etc. Les rebatió, entre otros, Kautsky, que se vio precisado a pedir al Congreso que se pronunciase *contra* la mayoría de la delegación alemana. Indicó con toda razón que no se trataba de negar la lucha por las reformas: de ello se habla con la mayor precisión en las partes restantes de la resolución, que no suscitaron ningún debate. De lo que se trataba era de si debíamos hacer concesiones al régimen actual de saqueo y violencia burgueses. La presente política colonial debía ser examinada por el Congreso, y esta política se basa en la esclavización directa de los salvajes: la burguesía implanta de hecho la esclavitud en las colonias, somete a los indígenas a inauditas vejaciones y violencias, «civilizándolos» mediante la propagación del alcohol y de la sífilis. Ante tal estado de cosas, ¿pueden los socialistas emplear frases evasivas sobre la posibilidad de reconocer en principio la política colonial? Esto equivaldría a adoptar abiertamente el punto de vista burgués. Equivaldría a dar un paso decidido hacia la supeditación del proletariado a la ideología bur-

guesa y al imperialismo burgués, que ahora levanta cabeza con particular altanería.

De «El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart» (Fines de agosto — comienzos de septiembre de 1907)

Sobre el problema colonial, se formó en la comisión una mayoría oportunista y en el proyecto de resolución apareció la siguiente monstruosa frase: «El congreso no condena en principio y en cualquier época toda política colonial, la cual, bajo un régimen socialista, puede ejercer una influencia civilizadora». En realidad esta proposición fue idéntica a un retroceso directo al lado de la política burguesa y de la concepción burguesa del mundo que justifica las guerras coloniales y las atrocidades.

De «El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart» (Septiembre de 1907)

EN SU RAZONAMIENTO DESAPARECE LA LUCHA REVOLUCIONARIA DE CLASE DEL OBRERO CONTRA EL CAPITAL, DESAPARECE EL INTERNACIONALISMO

Si un alemán del tiempo de Guillermo o un francés del tiempo de Clemenceau dicen: «Tengo como

socialista el derecho y el deber de defender mi patria si el enemigo la invade», no razona como socialista, como internacionalista, como proletario revolucionario, sino como *pequeñoburgués-nacionalista.* Porque en este razonamiento desaparece la lucha revolucionaria de clase del obrero contra el capital, desaparece la apreciación de *toda* la guerra en conjunto, desde el punto de vista de la burguesía mundial y del proletariado mundial, es decir, desaparece el internacionalismo y no queda sino un nacionalismo miserable e inveterado. Se agravia a mi país, lo demás no me importa: a esto se reduce tal razonamiento, y en ello reside su estrechez pequeñoburguesa y nacionalista. Es como si alguien razonara así en relación con la violencia individual contra una persona: «el socialismo se opone a la violencia; por eso, yo prefiero cometer una traición antes que ir a la cárcel».

El francés, alemán o italiano que dice: «el socialismo condena la violencia ejercida contra las naciones, y *por esto* yo me defiendo contra el enemigo que invade mi país», *traiciona* al socialismo y al internacionalismo. Ese hombre no *ve más* que su «país», coloca por encima de todo «su». . . *burguesía,* sin pensar *en los lazos internacionales* que hacen imperialista la guerra, que hacen de *su* burguesía un eslabón en la cadena del bandidaje imperialista.

Todos los mesócratas y todos los rústicos necios e ignorantes razonan igual exactamente que los renegados — kautskianos, longuetistas, Turati y Cía. —, o sea: el enemigo está en mi país, lo demás no me importa.

De «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» (Octubre — noviembre de 1918)

El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva en toda la propaganda y agitación y en la labor práctica por el nacionalismo y el pacifismo pequeñoburgueses, constituye el fenómeno más común no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los partidos que se retiraron del seno de esta organización y a menudo incluso entre los que ahora se llaman partidos comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeñoburgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado convirtiéndola de nacional (es decir, existente en un solo país

e incapaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado existente cuando menos en varios países avanzados y capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial). El nacionalismo pequeñoburgués llama internacionalismo al mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones (dejo ya de lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige: 1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha en escala mundial; 2) que la nación que está alcanzando el triunfo sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.

Así, pues, en los Estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las deformaciones oportunistas y pacifistas pequeñoburguesas de la concepción y de la política del internacionalismo.

De «Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial» (Publicado en junio de 1920)

III. EL REVISIONISMO ES UN REFLEJO DE LA INFLUENCIA BURGUESA EN EL MOVIMIENTO OBRERO

EL REVISIONISMO ES PRODUCTO DE LA EPOCA «PACIFICA» EN EL DESARROLLO DEL MOVIMIENTO OBRERO

Las fundamentales divergencias tácticas en el movimiento obrero de nuestros días, en Europa y en América, se reducen a la lucha contra dos importantes corrientes que se desvían del marxismo, el cual es hoy, de hecho, la doctrina dominante del movimiento obrero. Estas dos corrientes son: el revisionismo (el oportunismo, el reformismo) y el anarquismo (el anarco-sindicalismo, el anarco-socialismo). Ambas desviaciones respecto de la teoría marxista y de la táctica marxista, que son la teoría y la táctica dominantes en el movimiento obrero, las observamos, con diversas formas y distintos matices, en todos los

países civilizados en el medio siglo largo de la historia del movimiento obrero de masas.

Este solo hecho testimonia ya que no es posible explicarse dichas desviaciones como meras casualidades o equivocaciones de tales o cuales personas o grupos y ni siquiera por la influencia de las particularidades o tradiciones nacionales, etc. Tiene que haber motivos fundamentales, inherentes al régimen económico y al carácter del desarrollo de todos los países capitalistas, que engendren constantemente estas desviaciones.

De «Las divergencias en el movimiento obrero europeo» (Publicado en *Zviezdá*, N.º 1, 16 de diciembre de 1910)

Los actuales acontecimientos han demostrado exactamente el hecho de que, por un lado, las condiciones objetivas para una guerra imperialista (es decir, una guerra que corresponde a la más alta y última etapa del capitalismo) están maduras; que, por otro lado, décadas de una así llamada época pacífica han dejado *un montón* de desperdicios oportunistas y pequeñoburgueses *dentro* de los partidos socialistas de todos los países europeos. Hace unos quince años, desde la famosa «bernsteiniada» en

Alemania — en muchos países aún antes — el problema de los elementos oportunistas, *extraños*, dentro de los partidos proletarios se puso al orden del día. Es raro encontrar a un marxista notable que no haya reconocido muchas veces y en distintas ocasiones que los oportunistas constituyen un elemento no proletario verdaderamente hostil a la revolución socialista. El desarrollo particularmente rápido de este elemento social durante los últimos años es un hecho indudable: los funcionarios de los sindicatos legales de trabajadores, los parlamentarios y los otros intelectuales que cómoda y plácidamente se arreglan en los movimientos de masas legales, algunos grupos de los obreros, empleados de oficina, mejor pagados, etc., etc. La guerra ha demostrado claramente que en una crisis (y la era imperialista será inevitablemente una era de diversas crisis) una masa substancial de oportunistas, apoyados y, a menudo, dirigidos directamente por la burguesía (¡esto es de particular importancia!) se pasa al campo de ésta, traiciona al socialismo, daña la causa de los obreros, la arruina. En toda crisis, la burguesía ayuda siempre a los oportunistas, reprime siempre al sector revolucionario del proletariado, sin retroceder ante nada, empleando las medidas

militares más ilegales y crueles. Los oportunistas son enemigos burgueses de la revolución proletaria. En épocas pacíficas realizan su trabajo burgués enmascarados, encontrando refugio dentro de los partidos obreros; en tiempos de crisis aparecen *inmediatamente* como abiertos aliados de *toda* la burguesía unida, desde su sector conservador hasta el más radical y democrático, desde los librepensadores hasta los sectores religioso y clerical. Aquel que no haya comprendido esta verdad *después* de lo que nos acaba de ocurrir, está irremediablemente engañándose a sí mismo y a los obreros. Con eso, las deserciones personales son inevitables, pero no debe olvidarse que su significación está determinada por la existencia de un *grupo* y una *corriente* de oportunistas pequeñoburgueses. Los socialchovinistas tales como Hyndman, Vandervelde, Guesde, Plejánov, Kautsky, no tendrían importancia alguna si sus triviales discursos sin carácter en defensa del patriotismo burgués no fuesen aplaudidos por toda una capa social de oportunistas y por huestes de periódicos burgueses y de políticos burgueses.

De «¿Y ahora qué?» (Publicado en *Sotsial-Demokrat,* N.º 36, 9 de enero de 1915)

El derrumbe de la II Internacional es el derrumbe del oportunismo socialista, el cual ha crecido como producto de la anterior época «pacífica» en el desarrollo del movimiento obrero. Esta época enseñó a la clase obrera a utilizar medios de lucha tan importantes como el parlamentarismo y todas las posibilidades legales para crear organizaciones de masas económicas y políticas, una prensa obrera ampliamente divulgada, etc.; por otro lado, esta época creó una tendencia a negar la lucha de clases y a predicar la paz social, a negar la revolución socialista, a negar en principio las organizaciones ilegales, a reconocer el patriotismo burgués, etc. Ciertas capas de la clase obrera (la burocracia del movimiento obrero y la aristocracia obrera, quienes recibieron de la burguesía migajas de las ganancias obtenidas con la explotación de las colonias y de la posición privilegiada de su «patria» en el mercado mundial), así como los compañeros de ruta pequeñoburgueses dentro de los partidos socialistas se han mostrado como el principal soporte social de estas tendencias y como los conductores de la influencia burguesa en el proletariado.

De «Conferencia de las secciones del P.O.S.D.R. en el extranjero: Resoluciones de la Conferencia» (Antes del 19 de febrero de 1915)

EL BASTION SOCIAL DEL REVISIONISMO ES LA ARISTOCRACIA OBRERA

Aquí debemos preguntar: ¿Cómo se explica la firmeza de tales corrientes en Europa? ¿Y por qué este oportunismo es más fuerte en Europa occidental que en nuestro país? Porque los países avanzados han creado y siguen creando su cultura mediante la oportunidad que tienen de vivir a expensas de mil millones de gentes oprimidas. Porque los capitalistas de estos países obtienen mucho más de lo que hubiesen sido capaces de obtener en forma de ganancias provenientes del robo a los obreros de sus propios países.

Antes de la guerra se calculaba que los tres países más ricos — Gran Bretaña, Francia y Alemania — obtenían sólo de la exportación de capital, sin contar otros ingresos, ganancias de ocho mil a diez mil millones de francos por año.

No hace falta decir que de esta considerable cantidad es posible arrojar aunque sea 500 millones como limosna a los dirigentes obreros, a la aristocracia obrera, con el objeto de sobornarlos de diversas maneras. Todo el asunto se reduce precisamente al soborno. Este se hace de mil maneras diferentes:

elevando la cultura en los más grandes centros, creando instituciones docentes, creando miles de trabajos suaves para los dirigentes de las sociedades cooperativas, para los líderes tradeunionistas y para los líderes parlamentarios. Esto se realiza dondequiera que existan relaciones capitalistas modernas, civilizadas. Y estos miles de millones de superprovechos constituyen la base económica sobre la cual descansa el oportunismo en el movimiento obrero.

> De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

Una de las principales causas que dificulta el movimiento obrero revolucionario en los países capitalistas desarrollados es que, debido a las posesiones coloniales y a los superprovechos del capital financiero, etc., el capital, en estos países, ha logrado separar una capa relativamente más amplia y más estable, una pequeña minoría, una aristocracia obrera. Esta goza de mejores condiciones de salario y está sumamente imbuida del estrecho espíritu gremial y de prejuicios pequeñoburgueses e imperialistas. Este es el verdadero «bastión» social de la II Interna-

cional, de los reformistas y los «centristas» y, en la actualidad, es casi el principal bastión social de la burguesía.

De «Tesis sobre las tareas fundamentales del Segundo Congreso de la Internacional Comunista» (4 de julio de 1920)

En realidad, la militancia formal de los oportunistas en los partidos obreros no excluye en absoluto el que sean — objetivamente — un destacamento político de la burguesía, vehículos de su influencia y agentes de ella en el seno del movimiento obrero.

De «La bancarrota de la II Internacional» (Segunda quincena de mayo — primera quincena de junio de 1915)

LOS ZIGZAGS DE LA TACTICA BURGUESA ORIGINAN UN REFORZAMIENTO DEL REVISIONISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO

Finalmente, una causa muy importante de discrepancias entre los militantes del movimiento obrero, reside en los cambios de táctica de las clases dominantes en general y de la burguesía en particular. Si la táctica de la burguesía fuese siempre igual, o por lo menos, del mismo tipo, la clase obrera aprendería rápidamente a responder a ella con una táctica también igual y del mismo tipo. Pero, de hecho, la burguesía en todos los países establece, inevitablemente, dos sistemas de gobierno, dos métodos de lucha por sus intereses y en defensa de su dominio, métodos que van alternándose o que se entrelazan en distintas combinaciones. Es, en primer término, el método de la violencia, el método que no admite concesión alguna al movimiento obrero, el método que apoya a todas las instituciones viejas y ya caducas, el método que rechaza rotundamente las reformas. Esta es la esencia de la política conservadora, que, en la Europa Occidental, deja de ser, cada vez más, la política de las clases terratenientes para convertirse en una de las variedades de la política general burguesa. El segundo método es el del «liberalismo», el de dar pasos en el sentido del desarrollo de los derechos políticos, en el sentido de las reformas, de las concesiones, etc.

Cuando la burguesía pasa al empleo de uno u otro método, no lo hace obedeciendo a las alevosas intenciones de personas aisladas, ni tampoco por

mera casualidad, sino en virtud del carácter profundamente contradictorio de su propia situación. Una sociedad capitalista normal no puede desarrollarse con éxito sin un régimen representativo consolidado, sin conceder ciertos derechos políticos a la población, que no puede dejar de distinguirse por sus exigencias «culturales» relativamente elevadas. Esta exigencia de un nivel cultural mínimo es originada por las condiciones del propio modo capitalista de producción, con su técnica elevada, su complejidad, flexibilidad, movilidad, rapidez en el desarrollo de la competencia mundial, etc. Las oscilaciones en la táctica de la burguesía, su paso del sistema de la violencia al de las supuestas concesiones, son propias, por lo mismo, de la historia de todos los países europeos durante estos últimos cincuenta años, con la particularidad de que, en determinados períodos, los distintos países acuden con preferencia a uno u otro método. Por ejemplo, Inglaterra era en las décadas del 60 y 70 del siglo XIX el país clásico de la política «liberal» burguesa; Alemania, en las décadas del 70 y 80, aplicaba el método de la violencia, etc.

Cuando en Alemania imperaba dicho método, el eco unilateral de este sistema de gobierno burgués

se manifestó en el incremento del anarco-sindicalismo, o, como lo llamaban entonces, del anarquismo en el movimiento obrero (los «jóvenes» al principio de la década del 90, Johann Most a comienzos de la del 80). Cuando en 1890 se produjo el viraje hacia las «concesiones», éste resultó ser, como siempre, aun más peligroso para el movimiento obrero, engendrando un eco igualmente unilateral de la política burguesa «de reformas»: el oportunismo en el movimiento obrero. «La finalidad positiva, real, que persigue la política liberal de la burguesía — dice Pannekoek — es la de desorientar a los obreros, sembrar la escisión en sus filas, transformar su política en un apéndice impotente de la impotente, de la siempre impotente y efímera política de supuestas reformas».

No son pocas las veces en que la burguesía logra sus objetivos, durante cierto tiempo, por medio de una política «liberal», que es, como observa con razón Pannekoek, una política «más astuta». Parte de los obreros, parte de sus representantes, se deja engañar a veces por las aparentes concesiones. Los revisionistas declaran «anticuada» la doctrina de la lucha de clases o comienzan a aplicar una política que, de hecho, significa una renuncia a la lucha de

clases. Los zigzags de la táctica burguesa originan un reforzamiento del revisionismo en el movimiento obrero y muchas veces provocan en el seno de éste discrepancias que suelen llevar hasta la escisión.

De «Las divergencias en el movimiento obrero europeo» (Publicado en *Zviezdá*, N.º 1, 16 de diciembre de 1910)

El enorme progreso del capitalismo en el curso de los últimos decenios y el rápido incremento del movimiento obrero en todos los países civilizados, han traído consigo un gran cambio en la posición que antes asumía la burguesía frente al proletariado. En lugar de acudir a la lucha abierta, directa y basada en principios contra las tesis fundamentales del socialismo, en nombre de la absoluta intangibilidad de la propiedad privada y de la libre competencia, la burguesía de Europa y América, representada por sus ideólogos y hombres políticos, acude, cada vez con mayor frecuencia, a la defensa de las llamadas reformas sociales, oponiéndolas a la idea de la revolución social. No se trata ya de liberalismo contra socialismo, sino de reformismo contra revolución socialista; ésta es la fórmula de la burguesía instruida y «avanzada» de nuestros

días. Y cuanto más elevado es el nivel de desarrollo del capitalismo en un país, cuanto más refinado es el dominio de la burguesía, cuanto mayores son las libertades políticas, tanto más amplio es el terreno para la aplicación de la «novísima» consigna burguesa: reformas *contra* revolución, remiendos parciales del régimen que sucumbe a fin de dividir y debilitar a la clase obrera, a fin de mantener el Poder de la burguesía *contra* el derrocamiento revolucionario de este Poder.

Desde el punto de vista del desarrollo universal del socialismo no se puede dejar de percibir un gran paso adelante en dicho viraje. Al principio, el socialismo luchaba por su existencia y contra él se hallaba una burguesía plena de fe en sus fuerzas, que defendía con valor y consecuentemente el liberalismo como sistema armónico de conceptos económicos y políticos. El socialismo ha crecido, ha conquistado en todo el mundo civilizado su derecho a la existencia y ahora lucha ya *por el Poder,* mientras que la burguesía en descomposición, al ver su inevitable ruina, pone en tensión todas sus fuerzas a fin de aplazar su muerte y conservar su Poder también en las nuevas circunstancias, valiéndose de concesiones a medias e hipócritas.

La exacerbación de la lucha del reformismo contra la socialdemocracia revolucionaria *dentro* de las filas del movimiento obrero constituye el resultado, absolutamente inevitable, de los mencionados cambios operados en todas las condiciones económicas y políticas de todos los países civilizados del mundo.

De «El reformismo en el seno de la socialdemocracia rusa» (Publicado en *Sotsial-Demokrat*, N.° 23, 14 de septiembre de 1911)

EL REVISIONISMO ES PRODUCTO DIRECTO DE LA CONCEPCION BURGUESA DEL MUNDO Y DE SU INFLUENCIA

¿En qué estriba su* carácter inevitable en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias debidas a las particularidades nacionales y al grado de desarrollo del capitalismo? Porque en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción. El capitalismo crea de nuevo,

* Del revisionismo — *Red.*

infaliblemente, toda serie de «capas medias» (apéndice de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país, en virtud de las exigencias de la gran industria, por ejemplo, de la industria de bicicletas y automóviles, etc.). Estos nuevos pequeños productores se ven nuevamente arrojados también, de modo no menos inevitable, a las filas del proletariado. Es perfectamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

Así, pues, la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués, iba acompañada de un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo. Y como esta última crítica contra el marxismo se venía realizando ya desde hacía mucho tiempo, desde la tribuna política, desde las cátedras universitarias, en numerosos folletos y en una serie de tratados científicos; como toda la nueva generación de las clases ilustradas ha sido educada sistemáticamente, duran-

te decenios, a base de esta crítica, no es de extrañar que la «nueva» tendencia «crítica» en el seno de la socialdemocracia haya surgido de golpe, completamente acabada, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Por su contenido, esta tendencia no ha tenido que desarrollarse ni formarse; ha sido trasplantada directamente de la literatura burguesa a la literatura socialista.

De «¿Qué hacer?» (Otoño de 1901 — febrero de 1902)

Además, el carácter dialéctico del desarrollo social, que se produce en medio de contradicciones y a través de contradicciones, constituye una fuente permanente de discrepancias. El capitalismo es un fenómeno progresivo, porque destruye los viejos modos de producción y desarrolla las fuerzas productivas; pero, al mismo tiempo, al llegar a un cierto grado de su desarrollo, comienza a frenar el incremento de las fuerzas productivas. El capitalismo desarrolla, organiza, disciplina a los obreros, pero también aplasta, oprime, causa la degeneración, la miseria, etc. El propio capitalismo crea a su sepulturero, él mismo crea los elementos del nuevo régimen, pero, al propio tiempo, sin un «salto», estos

elementos aislados no cambian en nada el estado general de las cosas, no afectan en nada al dominio del capital. El marxismo, como doctrina del materialismo dialéctico, sabe explicar estas contradicciones de la vida real, de la historia palpitante del capitalismo y del movimiento obrero. Ahora bien, es evidente que las masas no aprenden de los libros, sino de la vida, por lo que algunas personas o grupos siempre suelen exagerar y erigir en doctrina unilateral, en sistema táctico unilateral tal o cual rasgo del desarrollo capitalista, tal o cual «enseñanza» derivada de este desarrollo.

Los ideólogos burgueses, los liberales y los demócratas, que no comprenden el marxismo ni el movimiento obrero moderno, saltan constantemente de un extremismo impotente a otro. Ya pretenden explicarlo todo diciendo que gentes malignas «azuzan» a una clase contra otra, ya se quieren consolar con la idea de que el partido obrero es «un partido pacífico de reformas». Producto directo de esta concepción burguesa del mundo y de su influencia son, a la vez, el anarco-sindicalismo y el reformismo, que se aferran a *uno* de los aspectos del movimiento obrero, que elevan ese procedimiento unilateral al nivel de doctrina, declarando incompatibles entre sí

las tendencias o rasgos del movimiento obrero que forman la peculiaridad específica de tal o cual período o de unas u otras condiciones en que actúa la clase obrera. Pero la vida real, la historia real, *abarca* a estas distintas tendencias, del mismo modo que la vida y el desarrollo de la naturaleza comprenden tanto la lenta evolución como los saltos bruscos, las interrupciones en el proceso gradual del desarrollo.

Los revisionistas consideran como fraseología todos los razonamientos acerca de los «saltos» y del antagonismo de principio entre el movimiento obrero y toda la vieja sociedad. Ellos consideran las reformas como una realización parcial del socialismo. El anarco-sindicalista rechaza la «labor menuda», sobre todo la utilización de la tribuna parlamentaria. De hecho, esta última táctica se reduce a la espera de los «grandes días», sin capacidad para concentrar las fuerzas que crean los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan la obra principal, la más apremiante: la agrupación de los obreros en organizaciones grandes, poderosas, que funcionen bien y sean capaces de funcionar bien en *todas* las circunstancias, en organizaciones que estén penetradas del espíritu de la lucha de clases, que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en una verdadera concepción marxista del mundo.

De «Las divergencias en el movimiento obrero europeo» (Publicado en *Zviezdá* N.º 1, 16 de diciembre de 1910)

IV. ES NECESARIO LUCHAR RESUELTAMENTE CONTRA EL REVISIONISMO

EL REVISIONISMO PINTA CON HERMOSOS COLORES, EMBELLECE A LA BURGUESIA, ENGAÑA Y DIVIDE A LA CLASE OBRERA

La época imperialista no tolera la coexistencia en un mismo partido de los elementos de vanguardia del proletariado revolucionario y la aristocracia semipequeñoburguesa de la clase obrera, que se beneficia con las migajas de los privilegios proporcionados por la condición de «gran potencia» de «su» nación. La vieja teoría de que el oportunismo es un «matiz legítimo» dentro de un partido único y ajeno a los «extremismos» se ha convertido hoy día en el engaño más grande de la clase obrera, en el mayor obstáculo para el movimiento obrero. El oportunismo franco, que provoca la repulsa inmediata de la masa obrera, no es tan peligroso ni perjudicial como esta teoría del justo medio, que exculpa con palabras marxistas la práctica del oportunismo, que trata de demostrar con una serie de sofismas la inoportunidad de las acciones revolucionarias, etc. Kautsky, el representante más destacado de esta teoría y al mismo tiempo el prestigio más autorizado de la II Internacional, se ha revelado como un hipócrita de primer orden y como un virtuoso en el arte de prostituir el marxismo.

De «La bancarrota de la II Internacional» (Segunda quincena de mayo — primera quincena de junio de 1915)

Los socialistas que se pasaron al campo de la burguesía en el comienzo de la guerra, todos esos David y Scheidemann en Alemania, los Plejánov, Potrésov, Gvósdiev y Cía. en Rusia, vociferaron largamente y a grito pelado contra las «ilusiones» de los revolucionarios, contra las «ilusiones» del Manifiesto de Basilea, contra el «sueño-farsa» de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ensalzaron en todos los tonos la fuerza, el vigor, la facultad de adaptación revelada, según ellos, por el capitalismo; ¡*ellos*, que han ayudado a los capitalistas a «adaptar», domesticar, engañar y dividir a la clase obrera de los distintos países!

De «Cartas de lejos» (7 de marzo de 1917)

La burguesía *necesita* lacayos en quienes un sector de la clase obrera pueda confiar, y que pinten con hermosos colores, embellezcan a la burguesía con charlas sobre la posibilidad del camino reformista, que arrojen polvo en los ojos del pueblo con estas charlas, que *distraigan* al pueblo de la revolución, describiendo con brillantes colores los encantos y las posibilidades del camino reformista.

Todos los escritos de los Kautsky, como los de nuestros mencheviques y socialrevolucionarios, se reducen a semejantes pinturas y a lamentos de filisteos cobardes que temen a la revolución.

De «Sobre las tareas de la III Internacional» (14 de julio de 1919)

LA BURGUESIA COMPRENDE QUE ES MEJOR UTILIZAR A LOS REVISIONISTAS DENTRO DEL MOVIMIENTO OBRERO EN DEFENSA DE LA BURGUESIA QUE OCUPARSE ELLA MISMA DE ESO

No voy a extenderme sobre la manera concreta en que debemos hacer esto: de esto me ocupo en mis tesis, que ya han sido publicadas. Mi tarea consiste en señalar las profundas raíces económicas de este fenómeno. La enfermedad es prolongada;

la cura es aún más prolongada que lo que los optimistas esperaban que fuese. El oportunismo es nuestro principal enemigo. El oportunismo en las filas más altas del movimiento obrero no es socialismo proletario, sino socialismo burgués. La práctica ha mostrado que estas gentes activas en el movimiento obrero que adhieren a esta tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que la propia burguesía. Sin su dirección de los obreros, la burguesía no podría permanecer en el poder. Esto no sólo está probado por la historia del régimen de Kerensky en Rusia; está también probado por la república democrática en Alemania, encabezada por su gobierno socialdemócrata; está probado por la actitud de Albert Thomas hacia su gobierno burgués. Está probado por la experiencia análoga en Inglaterra y los Estados Unidos. He ahí donde está nuestro principal enemigo; y debemos vencer a este enemigo. Debemos abandonar este congreso con la firme determinación de llevar a cabo esta lucha en todos nuestros partidos hasta su verdadero fin. Esta es nuestra tarea principal.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

TODO EL SENTIDO DE LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO ESTA EN IR MAS ABAJO Y MAS A LO HONDO PARA GANARSE A LAS MASAS

Del «partido obrero burgués» de las *viejas* tradeuniones, de la minoría privilegiada, distingue Engels la «masa *inferior*», la verdadera mayoría y apela a ella, que *no* está contaminada de «respetabilidad burguesa». ¡Ese es el quid de la táctica marxista!

Ni nosotros ni nadie puede calcular exactamente qué parte del proletariado es la que sigue y seguirá a los socialchovinistas y oportunistas. Sólo la lucha lo pondrá de manifiesto, sólo la revolución socialista lo decidirá definitivamente. Pero lo que sí sabemos con certeza es que los «defensores de la patria» en la guerra imperialista sólo *representan* una minoría. Y por esto, si queremos seguir siendo socialistas, nuestro deber es ir *más abajo* y *más a lo hondo,* a las verdaderas masas: en ello está todo el sentido de la lucha contra el oportunismo y todo el contenido de esta lucha. Poniendo al descubierto que los oportunistas y los socialchovinistas traicionan y venden de hecho los intereses de las masas, que defienden privilegios pasajeros de una minoría obrera, que

extienden ideas e influencias burguesas, que, en realidad, son aliados y agentes de la burguesía, de este modo enseñamos a las masas a comprender cuáles son sus verdaderos intereses políticos, a luchar por el socialismo y por la revolución, a través de todas las largas y penosas peripecias de las guerras imperialistas y de los armisticios imperialistas.

La única línea marxista en el movimiento obrero mundial consiste en explicar a las masas que la escisión con el oportunismo es inevitable e imprescindible, en educarlas para la revolución en una lucha despiadada contra él, en aprovechar la experiencia de la guerra para desenmascarar todas las infamias de la política obrera liberal-nacionalista, y no para encubrirlas.

De «El imperialismo y la escisión del socialismo» (Octubre de 1916)

Contra los socialtraidores, contra el reformismo y el oportunismo se puede y se debe seguir esta orientación política en *todos* los terrenos de la lucha sin excepción. Entonces conquistaremos a las masas obreras. Y con las masas obreras, la vanguardia del proletariado — el partido político marxista centralizado — llevará por el buen camino al pueblo

hasta la dictadura triunfante del proletariado, hasta la democracia proletaria en lugar de la burguesa, hasta la República Soviética, hasta el régimen socialista.

De «Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes» (10 de octubre de 1919)

No se trata de esto, señores kautskianos, sino de que *ustedes,* ahora, en los países imperialistas de Europa, *se prosternan como lacayos* ante los oportunistas, que son *extraños* al proletariado como clase, que son servidores, agentes y portadores de la influencia de la burguesía, y *si no se desembaraza* de ellos, el movimiento obrero seguirá siendo un *movimiento obrero burgués.* La prédica de ustedes de la «unidad» con los oportunistas, con los Legien y los David, los Plejánov y los Chjenkeli, los Potrésov, etc., es, objetivamente, la defensa de la *esclavización* de los obreros por la burguesía imperialista a través de sus mejores agentes en el movimiento obrero. La victoria de la socialdemocracia revolucionaria en escala mundial es absolutamente ineludible, pero se produce y se seguirá

produciendo, viene y llegará sólo *contra* ustedes, será una victoria *sobre* ustedes.

De «El imperialismo y la escisión del socialismo» (Octubre de 1916)

Una de las condiciones precisas para que el proletariado pueda prepararse para su victoria es la lucha prolongada, tenaz e implacable contra el oportunismo, contra el reformismo, contra el socialchovinismo y demás influencias y corrientes burguesas, inevitables por cuanto el proletariado actúa en un ambiente capitalista. Si no se libra esa lucha, si no se consigue previamente una victoria total sobre el oportunismo en el movimiento obrero, no cabe ni hablar siquiera de dictadura del proletariado. El bolchevismo no habría derrotado a la burguesía en 1917-1919 si no hubiese aprendido antes — de 1903 a 1917 — a derrotar y a expulsar implacablemente del partido de la vanguardia proletaria a los mencheviques, es decir, a los oportunistas, a los reformistas, a los socialchovinistas.

De «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado» (16 de diciembre de 1919)

EL REVISIONISMO ES UN FENOMENO INTERNACIONAL, ES MENESTER ELIMINAR ESA PODRE DEL MODO MAS RAPIDO Y CUIDADOSO

El carácter inevitable del revisionismo está condicionado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista un poco enterado y reflexivo puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre los ortodoxos y los bernsteinianos en Alemania, entre los guesdistas y los jauresistas (ahora, en particular, los brousistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, entre De Brouckère y Vandervelde en Bélgica, los integralistas y los reformistas en Italia, los bolcheviques y los mencheviques en Rusia, es, en todas partes, sustancialmente, una y la misma, pese a la gigantesca diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la situación actual de todos estos países. La «división» en el seno del socialismo internacional contemporáneo se desarrolla ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una *misma* línea, lo cual muestra el formidable paso

adelante que se ha dado en comparación con lo que ocurría hace 30 ó 40 años, cuando en los diversos países luchaban tendencias heterogéneas dentro del socialismo internacional único. Y ese «revisionismo de izquierda» que se perfila hoy en los países latinos, con el nombre de «sindicalismo revolucionario», se adapta también al marxismo «enmendándolo»: Labriola en Italia, Lagardelle en Francia, apelan a cada paso del Marx mal comprendido, al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de *este* revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista, y que no se ha internacionalizado, que no ha afrontado ni una sola batalla práctica importante con el partido socialista de ningún país. Por eso, nos limitaremos a ese «revisionismo de derecha», que hemos dejado esbozado más arriba.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

El carácter relativamente «pacífico» del período comprendido entre 1871 y 1914 ha alimentado el oportunismo, primero como *estado de ánimo,* luego

como *tendencia* y, finalmente, como *grupo o sector* de burocracia obrera y compañeros de ruta pequeñoburgueses. Sólo pudieron tales elementos subordinar el movimiento obrero reconociendo de palabra los objetivos revolucionarios y la táctica revolucionaria. Sólo pudieron conquistar la confianza de las masas jurando que todo el trabajo «pacífico» no era sino una *preparación* para la revolución proletaria. Esa contradicción era un tumor que alguna vez había de reventar y ha reventado. Ahora toda la cuestión consiste en decidir si, como hacen Kautsky y Cía., hay que intentar introducir nuevamente ese pus en el organismo, en aras de la «unificación» (con el pus), o si, para contribuir a la completa curación del organismo del movimiento obrero, es menester eliminar esa podre del modo más rápido y cuidadoso, aunque este proceso produzca temporalmente agudo dolor.

De «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional» (Publicado en la revista *Vorbote,* N.º 1, enero de 1916)

Nuestro pensamiento resultará aún más claro para el lector, si comparamos las opiniones de Engels sobre los movimientos anglo-americano y alemán.

La correspondencia publicada contiene muchísimas de estas opiniones también sumamente interesantes, y el leitmotiv de todas ellas es algo muy diferente: es una advertencia contra el «ala derecha» del partido obrero, es una guerra implacable (a veces, como la de Marx en los años 1877-1879, una guerra *furiosa*) contra *el oportunismo* en las filas de la socialdemocracia.

De «Prefacio a la traducción rusa de la "Correspondencia de J. F. Becker, J. Dietzgen, F. Engels, C. Marx y otros con F. A. Sorge y otros"» (6 de abril de 1907)

Este es mi destino. Campaña tras campaña contra las estupideces políticas, contra las ruindades, contra el oportunismo, etc.

Y así desde 1893. En pago, el odio de gente ruin. Pero no cambiaría mi destino por la «paz» con esa gente ruin.

De «Carta a Inés Armand» (18 de diciembre de 1916)

LOS COMUNISTAS A VECES TAMBIEN COMETEN ERRORES, LO MISMO QUE A VECES LAS AGUILAS VUELAN MAS BAJO QUE LAS GALLINAS, ¡PERO LAS GALLINAS NUNCA PUEDEN ELEVARSE A LA ALTURA DE LAS AGUILAS! ¡QUE SE REGOCIJEN LOS REVISIONISTAS CON LAS DESDICHAS AJENAS!

Comparada con esta tarea, la rectificación de los errores de la tendencia «izquierdista» en el comunismo será una tarea fácil. En una cantidad de países observamos antiparlamentarismo, el cual es introducido no tanto por aquellos que provienen de la pequeña burguesía como abrigado por ciertos destacamentos avanzados del proletariado, debido a su odio por el viejo parlamentarismo, debido a su legítimo, adecuado y necesario odio hacia la conducta de los miembros del parlamento en Inglaterra, Francia, Italia y en todos los países. Es necesario que la Internacional Comunista dé instrucciones que guíen, que los camaradas se familiaricen estrechamente con la experiencia de Rusia, con la significación de un verdadero partido político proletario. Nuestro trabajo será cumplir esta tarea. Y la lucha contra estos errores del movimiento proletario, contra estos defectos, será mil veces más fácil que luchar

contra aquellos burgueses que a manera de reformistas pertenecen a los viejos partidos de la II Internacional y orientan el total de su trabajo en un espíritu burgués y no en uno proletario.

De «II Congreso de la Internacional Comunista: Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista» (19 de julio de 1920)

Hay que procurar que los comunistas no repitan el mismo error en sentido contrario, o, mejor dicho, que *ese mismo error*, cometido, aunque en un sentido contrario, por los comunistas «de izquierda» sea corregido y curado con la mayor rapidez y el menor dolor posible para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error; lo constituye también el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (es decir, del socialchovinismo y del kautskismo); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima, que acaba de nacer. Sólo por esto, la enfermedad puede ser, en ciertas con-

diciones, fácilmente vencida y es necesario emprender su tratamiento con la máxima energía.

De «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» (Abril — mayo de 1920)

Indudablemente Bebel estuvo también equivocado en Essen cuando defendió a Noske, cuando defendió la división de las guerras en defensivas y ofensivas, cuando atacó el *método* de lucha de los «radicales» contra Van Kohl, cuando negó (junto con Zinger) el fracaso y la incorrección de la táctica de la delegación alemana en Stuttgart. No debemos ocultar esos errores sino mostrar, por su ejemplo, que los socialdemócratas rusos deben aprender a evitarlos, deben vivir en conformidad con las estrictas exigencias del marxismo revolucionario. Y que los anarquistas y sindicalistas rusos, los liberales y los socialrevolucionarios no se regocijen por nuestra crítica a Bebel. Les diremos a esos señores: ¡A veces las águilas pueden volar más bajo que las gallinas, pero las gallinas nunca pueden elevarse a la altura de las águilas!

De «Introducción al folleto de Voinov (A. V. Lunacharsky) sobre la actitud del Partido ante los sindicatos» (Noviembre de 1907)

Paul Levi quiere ahora entrar a disfrutar de los favores de la burguesía y, *en consecuencia,* de sus agentes, la II Internacional y la Internacional II y media, volviendo a publicar aquellas obras de Rosa Luxemburgo en que ella estuvo equivocada. Replicaremos a esto citando dos versos de una fábula rusa muy conocida: A veces las águilas pueden volar más bajo que las gallinas, pero las gallinas nunca pueden elevarse a la altura de las águilas. Rosa Luxemburgo estuvo equivocada en el problema de la independencia de Polonia; estuvo equivocada en 1903, en su apreciación del menchevismo; estuvo equivocada en la teoría de la acumulación de capital; estuvo equivocada en julio de 1914 cuando junto con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros, patrocinó la unidad entre los bolcheviques y los mencheviques; estuvo equivocada en las obras que escribió en la prisión en 1918 (corrigió muchos de estos errores a fines de 1918 y comienzos de 1919, después que fue puesta en libertad). Pero a pesar de sus errores fue — y sigue siendo para nosotros — un águila. Y no sólo su memoria será siempre preciosa para los comunistas de todo el mundo, sino que su biografía y sus obras *completas* (cuya publicación demoran desmedidamente los comunistas ale-

manes, los que pueden excusarse sólo parcialmente por las tremendas pérdidas en su dura lucha) servirán como una útil lección en la preparación de muchas generaciones de comunistas a través del mundo. «Después del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana es un cadáver maloliente»: con esta sentencia, el nombre de Rosa Luxemburgo entrará en la historia del movimiento obrero mundial. Y, por supuesto, en el patio trasero del movimiento obrero, en el estercolero, gallinas como Paul Levi, Scheidemann, Kautsky y toda esta confraternidad, se extasiarán extremadamente por los errores cometidos por esta gran comunista. Cada uno a lo suyo.

De «Notas de un publicista» (Fines de febrero de 1922)

V. DESARROLLAR EL MARXISMO EN LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO EN DEFENSA DEL MARXISMO

LA «RENOVACION» DE LOS REVISIONISTAS NO ES ABSOLUTAMENTE NADA, ES SOLO UN RETROCESO, UNA CONCESION A LA BURGUESIA

Y ahora planteamos la pregunta: ¿qué aportaron de nuevo a esta doctrina aquellos bulliciosos «renovadores», que tanto ruido han levantado en nuestros días, agrupándose en torno al socialista alemán Bernstein? *Absolutamente nada*: no impulsaron ni un paso adelante la ciencia que nos legaron, con la indicación de desarrollarla, Marx y Engels; no enseñaron al proletariado ningunos nuevos métodos de lucha; no hicieron más que replegarse, recogiendo fragmentos de teorías atrasadas y predicando al proletariado, en lugar de la doctrina de la lucha, la de las concesiones a los enemigos más encarnizados del proletariado, a los gobiernos y partidos burgueses,

que no se cansan de inventar nuevos métodos de persecución contra los socialistas. Uno de los fundadores y jefes de la socialdemocracia rusa, Plejánov, tenía completa razón al someter a una crítica implacable la última «crítica» de Bernstein, de cuyas concepciones también reniegan ahora los representantes de los obreros alemanes (en el Congreso de Hannóver).

Sabemos que estas palabras provocarán un montón de acusaciones que se nos echará encima: gritarán que queremos convertir el partido socialista en una Orden de «ortodoxos», que persiguen a los «herejes» por su apostasía del «dogma», por toda opinión independiente, etc. Conocemos todas estas frases cáusticas tan en boga. Pero, ellas no contienen ni un grano de verdad, ni un ápice de sentido común. No puede haber un fuerte partido socialista sin una teoría revolucionaria que agrupe a todos los socialistas, de la que éstos extraigan todas sus convicciones y la apliquen en sus procedimientos de lucha y métodos de acción. Defender la doctrina, que según su más profundo convencimiento es la verdadera, contra los ataques infundados y contra los intentos de empeorarla, no significa, en modo alguno, ser enemigo de *toda* crítica. Nosotros no

consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo acabado e intangible: estamos convencidos, por el contrario, de que esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas *deben* impulsar en todos los sentidos, siempre que no quieran quedar rezagados en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario impulsar *independientemente* la teoría de Marx, porque esta teoría da solamente los principios *directivos* generales, que se aplican *en particular* a Inglaterra, de un modo distinto que a Francia; a Francia, de un modo distinto que a Alemania; a Alemania, de un modo distinto que a Rusia. Por lo mismo, con mucho gusto daremos cabida en nuestro periódico a los artículos que traten de cuestiones teóricas e invitamos a todos los camaradas a tratar abiertamente los puntos en discusión.

De «Nuestro programa» (Segundo semestre de 1899)

Precisamente porque el marxismo no es un dogma muerto, no es una doctrina acabada, terminada, inmutable, sino una guía viva para la acción, no podía por menos de reflejar en sí el cambio asombrosamente brusco de las condiciones de la vida social.

El reflejo de ese cambio ha sido una profunda disgregación, la dispersión, vacilaciones de todo género, en una palabra, una crisis *interna* sumamente grave del marxismo. La resistencia decidida a esa disgregación, la lucha resuelta y tenaz en pro de los *fundamentos* del marxismo se ha puesto de nuevo a la orden del día.

De «Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo» (Publicado en *Zviezdá*, N.° 2, 23 de diciembre de 1910)

NO TRAFICAR CON LOS PRINCIPIOS, NO HACER «CONCESIONES» TEORICAS

Quien conozca a poco que sea el estado efectivo de nuestro movimiento verá forzosamente que la amplia difusión del marxismo ha ido acompañada de cierto rebajamiento del nivel teórico. Mucha gente, muy poco preparada e incluso sin preparación teórica alguna, se ha adherido al movimiento por su significación práctica y sus éxitos prácticos. Por este hecho, se puede juzgar qué falta de tacto manifiesta «Rab. Dielo» al lanzar con aire victorioso la sentencia de Marx: «cada paso de movimiento

efectivo es más importante que una docena de programas». Repetir estas palabras en una época de dispersión teórica es exactamente lo mismo que gritar al paso de un entierro: «¡ojalá tengáis siempre algo que llevar!» Además, estas palabras de Marx han sido tomadas de su carta sobre el programa de Gotha, en la que *censura duramente* el eclecticismo admitido en la formulación de los principios: ya que hace falta unirse — escribía Marx a los dirigentes del Partido —, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no traficuéis con los principios, no hagáis «concesiones» teóricas. Este era el pensamiento de Marx, ¡y he aquí que entre nosotros hay gentes que en su nombre tratan de aminorar la importancia de la teoría!

Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en un tiempo en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica. Y, para la socialdemocracia rusa, la importancia de la teoría es mayor aún, debido a tres circunstancias que se olvidan con frecuencia, a saber: primeramente, por el hecho de que nuestro Partido sólo ha empezado a formarse, sólo ha

empezado a elaborar su fisonomía, y dista mucho de haber ajustado sus cuentas con las otras tendencias del pensamiento revolucionario, que amenazan con desviar el movimiento del camino justo. Por el contrario, precisamente estos últimos tiempos se han distinguido (como hace ya mucho lo predijo Axelrod a los economistas) por una reanimación de las tendencias revolucionarias no-socialdemócratas. En estas condiciones, un error, «sin importancia» a primera vista, puede causar los más desastrosos efectos, y sólo gente miope puede encontrar inoportunas o superfluas las discusiones fraccionales y la delimitación rigurosa de los matices. De la consolidación de tal o cual «matiz» puede depender el porvenir de la socialdemocracia rusa por años y años.

En segundo lugar, el movimiento socialdemócrata es, por su propia naturaleza, internacional. Esto no sólo significa que debemos combatir el chovinismo nacional. Esto significa también que el movimiento incipiente en un país joven, únicamente puede desarrollarse con éxito a condición de que lleve a la práctica la experiencia de otros países. Para ello, no basta conocer simplemente esta experiencia o copiar

simplemente las últimas resoluciones adoptadas; para ello es necesario saber asumir una actitud crítica frente a esta experiencia y comprobarla por sí mismo. Todo aquel que se imagine el gigantesco crecimiento y ramificación del movimiento obrero contemporáneo comprenderá la reserva de fuerzas teóricas y de experiencia política (así como revolucionaria) que es necesaria para cumplir esta tarea.

En tercer lugar, tareas nacionales como las que tiene planteadas la socialdemocracia rusa no las ha tenido planteadas aún ningún otro partido socialista del mundo. Más adelante, tendremos que hablar de los deberes políticos y de organización que nos impone esta tarea de liberar a todo el pueblo del yugo de la autocracia; por el momento, no queremos más que indicar que *sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia.* Y para hacerse una idea siquiera sea un poco concreta de lo que esto significa, que el lector recuerde a los precursores de la socialdemocracia rusa, como Hertzen, Belinski, Chernishevski y a la brillante pléyade de revolucionarios de la década del 70; que piense en la importancia universal que la literatura rusa va

adquiriendo ahora; que . . . , ¡pero basta también con lo indicado!

De «¿Qué hacer?» (Otoño de 1901 — febrero de 1902)

No hay nada más importante que la cohesión de *todos* los marxistas conscientes de la profundidad de la crisis y de la necesidad de combatirla para salvaguardar los fundamentos teóricos del marxismo y sus tesis básicas, desfiguradas desde los lados más opuestos al extenderse la influencia burguesa entre los diversos «compañeros de viaje» del marxismo.

De «Acerca de algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo» (Publicado en *Zviezdá*, N.º 2, 23 de diciembre de 1910)

DESARROLLAR EL MARXISMO REVOLUCIONARIO CONTRA EL REVISIONISMO

Crisis del marxismo oficial (1895-1915). No resucitar el cadáver, sino desarrollar el marxismo revolucionario contra el «también marxismo» oportunista.

De «El Primero de Mayo y la guerra» (Ultimos días de abril de 1915)

Solamente la teoría del marxismo revolucionario puede servir de bandera al movimiento obrero de clase, y la socialdemocracia rusa debe velar por el ulterior desarrollo de esta teoría y su encarnación en la vida, al tiempo que ha de preservarla contra las tergiversaciones y envilecimientos a que son frecuentemente sometidas las «teorías de moda» (los éxitos de la socialdemocracia revolucionaria en Rusia han transformado ya el marxismo en una teoría «de moda»).

De «Protesta de los socialdemócratas de Rusia» (Finales de agosto — comienzos de septiembre de 1899)

Un conocido aforismo dice que si los axiomas geométricos chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase. Las teorías de la historia natural, que chocaban con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy día la lucha más rabiosa. Nada tiene de extraño, pues, que la doctrina de Marx, que sirve directamente a la educación y a la organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, que señala las tareas de esta clase y demuestra la sustitución inevitable — en virtud del des-

arrollo económico — del régimen actual por un nuevo orden de cosas; nada tiene de extraño que esta doctrina haya tenido que conquistar en lucha cada paso dado en la senda de la vida.

No hablemos de la ciencia y la filosofía burguesas, enseñadas de un modo oficial por los profesores oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases poseedoras y «amaestrarlas» contra los enemigos de fuera y de dentro. Esta ciencia no quiere ni oir hablar de marxismo, declarándolo refutado y destruido; tanto los hombres de ciencia jóvenes, que hacen carrera refutando el socialismo, como los ancianos caducos, que guardan el legado de toda clase de anticuados «sistemas», se abalanzan sobre Marx con el mismo celo. Los avances del marxismo, la difusión y el afianzamiento de sus ideas entre la clase obrera, provocan inevitablemente la reiteración y la agudización de estos ataques burgueses contra el marxismo, que, de cada una de sus «destrucciones» por obra de la ciencia oficial, sale más fortalecido, más templado y más vital.

Pero, entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas predominantemente entre el proletariado, el marxismo tampoco afirmó

su posición de golpe, ni mucho menos. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX), el marxismo luchó contra las teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels ajustaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, que se situaban en el punto de vista del idealismo filosófico. A fines de esta década, pasa a primer plano la lucha, en el campo de las doctrinas económicas, contra el proudhonismo. Esta lucha llega a su final en la década del 50: crítica de los partidos y de las doctrinas que se habían revelado en el turbulento año de 1848. En la década del 60, la lucha se desplaza del campo de la teoría general a un campo más cercano al movimiento obrero propiamente dicho: expulsión del bakuninismo de la Internacional. A comienzos de la década del 70, se destaca en Alemania, por breve tiempo, el proudhonista Mühlberger; a fines de este período, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro sobre el proletariado ya es muy insignificante. El marxismo triunfa ya, incondicionalmente, sobre todas las demás ideologías del movimiento obrero.

Hacia la década del 90 del siglo pasado, este triunfo, en sus rasgos fundamentales, estaba ya con-

sumado. Hasta en los países latinos, donde por más tiempo se habían mantenido las tradiciones del proudhonismo, los partidos obreros estructuraron, de hecho, sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al reanudarse — en forma de congresos internacionales periódicos — la organización internacional del movimiento obrero, ésta se colocó inmediatamente y casi sin lucha, en todo lo esencial, en el terreno del marxismo. Pero, cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos completas, hostiles a él, las tendencias que se albergaban en estas doctrinas comenzaron a buscar otros caminos. Cambiaron las formas y los motivos de lucha, pero la lucha continuó. Y el segundo medio siglo de existencia del marxismo (década del 90 del siglo pasado) comenzó con la lucha de la corriente hostil al marxismo, en el seno de éste.

Esta corriente debe su nombre al ex marxista ortodoxo Bernstein, que es quien más ruido hizo y quien dio la expresión más completa a las enmiendas hechas a Marx, a la revisión de Marx, al revisionismo. Incluso en Rusia, donde el socialismo no marxista, lógicamente — en virtud del atraso económico del país y del predominio de la población

campesina, oprimida por los vestigios feudales —, se mantuvo más tiempo, incluso en Rusia, este socialismo se convierte claramente, a nuestros ojos, en revisionismo. Y lo mismo en la cuestión agraria (programa de municipalización de toda la tierra) que en las cuestiones generales programáticas y tácticas, nuestros socialpopulistas sustituyen cada vez más con «enmiendas» a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Ya no continúa la lucha en su propio terreno independiente, sino en el terreno general del marxismo, a título de revisionismo.

De «Marxismo y revisionismo» (Antes del 3 de abril de 1908)

INDICE

I. EL REVISIONISMO SACRIFICA LOS INTERESES CARDINALES DEL PROLETARIADO PARA CONFORMARSE CON LAS NECESIDADES DE LA BURGUESIA 1

El triunfo teórico del marxismo obliga a sus enemigos a disfrazarse de marxistas 1

Castra el contenido revolucionario del marxismo, hace pasar a primer plano y ensalza lo que es aceptable para la burguesía 3

Vocifera sobre la insuficiencia y caducidad de la doctrina de Marx, justifica las reformas sociales con «nuevos» argumentos y consideraciones 5

Vaguedad, dejarse arrastrar por la corriente, falta de principios más o menos definidos y firmes 8

«El objetivo final no es nada; el movimiento lo es todo»; esta frase de Bernstein es la mejor expresión de la esencia del revisionismo 11

II. EL REVISIONISMO ALTERA ARBITRARIAMENTE LA FILOSOFIA, ECONOMIA POLITICA Y ENSEÑANZAS SOBRE LA LUCHA DE CLASES MARXISTAS 14

En la filosofía abjura del materialismo dialéctico y del materialismo histórico, sustituye la «sutil» (y revolucionaria) dialéctica por la «simple» (y pacífica) «evolución» 14

«Revisa» la Economía política marxista, espera una nueva era pacífica del capitalismo 19

Niega la lucha de clases, predica la colaboración de clases 24

Se prosterna servilmente ante la democracia burguesa, abriga la vana ilusión de conquistar la mayoría mediante el sufragio universal y recibir el poder estatal 38

Abriga ilusiones acerca de la transición pacífica y reformista al socialismo; niega la violencia revolucionaria como señal básica de la dictadura del proletariado 42

Retrocede directamente al lado de la política burguesa, justifica las guerras coloniales y las atrocidades 51

En su razonamiento desaparece la lucha revolucionaria de clase del obrero contra el capital, desaparece el internacionalismo 53

III. EL REVISIONISMO ES UN REFLEJO DE LA INFLUENCIA BURGUESA EN EL MOVIMIENTO OBRERO 57

El revisionismo es producto de la época «pacífica» en el desarrollo del movimiento obrero 57

El bastión social del revisionismo es la aristocracia obrera 62

Los zigzags de la táctica burguesa originan un reforzamiento del revisionismo en el movimiento obrero 64

El revisionismo es producto directo de la concepción burguesa del mundo y de su influencia 70

IV. ES NECESARIO LUCHAR RESUELTAMENTE CONTRA EL REVISIONISMO 76

El revisionismo pinta con hermosos colores, embellece a la burguesía, engaña y divide a la clase obrera 76

La burguesía comprende que es mejor utilizar a los revisionistas dentro del movimiento obrero en defensa de la burguesía que ocuparse ella misma de eso 78

Todo el sentido de la lucha contra el revisionismo está en ir más abajo y más a lo hondo para ganarse a las masas 80

El revisionismo es un fenómeno internacional, es menester eliminar esa podre del modo más rápido y cuidadoso 84

Los comunistas a veces también cometen errores, lo mismo que a veces las águilas vuelan más bajo que las gallinas, ¡pero las gallinas nunca pueden elevarse a la altura de las águilas! ¡Que se regocijen los revisionistas con las desdichas ajenas! 88

V. DESARROLLAR EL MARXISMO EN LA LUCHA CONTRA EL REVISIONISMO EN DEFENSA DEL MARXISMO 93

La «renovación» de los revisionistas no es absolutamente nada, es sólo un retroceso, una concesión a la burguesía 93

No traficar con los principios, no hacer «concesiones» teóricas 96

Desarrollar el marxismo revolucionario contra el revisionismo 100

E B B
№ 96.260

列宁論反对修正主义
*
外文出版社出版（北京）
1960年10月第一版
編号：（西）3050—393